

MUNICIPALIDAD DE QUITO



*Museo Histórico*

•  
*Organo del  
Museo de Historia  
de la Ciudad de Quito*

•  
*Quito - Ecuador*

IMPRESA MUNICIPAL

*Núm. 33*



# MUNICIPALIDAD DE QUITO

ADMINISTRACION DEL ALCALDE  
SEÑOR DOCTOR DON CARLOS ANDRADE MARIN

---

## MUSEO DE ARTE E HISTORIA DE LA CIUDAD

Director:	Jorge A. Garcés G.
Secretario:	Doctor Juan F. Pérez Terán
Ayudante General	Señorita Judith Paredes Z.

Primer Ayudante de Catalogación:	Señorita Teresa Castellanos C.
Segundo Ayudante de Catalogación:	Señorita Paz García Pardo
Primer Ayudante del Museo de Arte:	Señorita Rosa A. Darquea Terán
Segundo Ayudante del Museo de Arte:	Señora Julieta Cabrera de Pineda



**MUSEO HISTORICO**

*Revista trimestral*  
*Organo del Museo de Arte e Historia*  
*de la Ciudad de Quito*





## Importancia de la Historia

**E**L conocimiento del pasado tiene tanta importancia para la vida de los pueblos, que aquella nación que ignorase la verdad de su historia, sería comparable al hombre que se enfrenta con el problema de su presencia en el universo, sin saber de dónde procede, cuál es su origen, cuál su naturaleza, quién es ni cómo se llama.

Conocer la historia es identificarse un pueblo en función de sus fuerzas constructivas, de los factores imponderables que lo han modelado y estructurado a través de altas y bajas circunstancias, en el libre juego de los elementos físicos, intelectuales, casuales, previstos e imprevistos; sometido a la paciente labor de fragua y depuración que es el curso del tiempo con sus alternativas.



Sólo puede adquirir plena conciencia de su ser como ente colectivo, el pueblo que posee la verdad de un pasado, libre de falsificaciones y de mitos, de leyendas y mixtificaciones intencionales. Y este conocimiento es tanto más importante cuanto en la dimensión del presente y del porvenir, deja de ser problema intelectual para convertirse en guía y en maestro, en enseñanza y en norma.

Si el momento presente no es sino el resultado de todas las fuerzas que han operado para constituir la nacionalidad desde sus remotos orígenes hasta nuestros días; si el balance de la hora que se vive no es sino el fiel reflejo de las acciones que la circunstancia ha ido imponiendo; y si, por otra parte, el futuro que nos está reservado como nación libre y soberana con anhelo de progreso en el campo del bienestar y de la cultura, tiene que depender necesariamente de las bases que hoy plantemos para afincarlo en su buen éxito, se colige la importancia de conocer con claridad y certeza, con la claridad y certeza que impone la convicción de la verdad elevada a la categoría de hecho universal e indestructible, nuestra Historia.

Y, repetimos, la Historia no es para un pueblo simple inquietud intelectual, como puede ser para el estudioso o el especialista: es alma que inspira y dirige, principio vital que alienta y motor que pone en marcha el complejo y vastísimo mecanismo de todas sus partes, integradas en la superestructura estatal. Y esto porque la Historia es suma de verdades sobre hechos fundamentales: origen, naturaleza, libertad, idioma, razas, usos, costumbres, religión, filosofía; hombre y escenario, en suma, que sirven de pilares en los que se sustenta el edificio de hoy, en permanente desarrollo hacia el porvenir.



La ponderación de estos conceptos ha conducido a todos los pueblos civilizados de América a la formación de institutos consagrados a la labor de decantar de las turbulentas aguas del pasado, la sal inconfundible de la verdad histórica. Así se han formado Academias de Historia, Institutos de Investigaciones Históricas, Centros de estos mismos estudios, cuya labor no puede ser más alta y hermosa, más fructífera y necesaria para la salud de los pueblos.

Los gobiernos del Continente han propiciado la formación de esta clase de entidades, de una manera oficial, a fin de asegurar la concurrencia de los elementos más capacitados y de mayor preparación, toda vez que la labor histórica no es única y exclusivamente tarea de aglomeración de datos, fechas y acontecimientos en orden cronológico o territorial. La Historia es, en razón de su naturaleza científica, una alta y profunda interpretación de los hechos que la compilación ofrece como materia prima a las manos del investigador. De allí que para ser historiador en el hondo sentido de la misión de tal, sea necesario ser filósofo y humanista a la vez. Filósofo para saber interpretar el contenido de los hechos, humanista para compaginarlos dentro del gran libro de la historia universal en razón de la cultura.

Y en esto radica el deber moral de las Academias e Institutos de Historia: en la recta y sabia interpretación de los acontecimientos.

El mecanismo simétrico y fabuloso del Imperio de los Incas, dentro del cual nuestro territorio y los pueblos que lo habitaban se vieron incluidos por largo período, había previsto una solución para el problema del conocimiento de la Historia. Pero esta solución estaba acordada para robustecer las bases de la autocracia y del imperialismo. Dentro del "dualismo social" e integral que caracterizaba la vida



del Imperio, existían dos historias, o mejor, dos clases de conocimiento histórico, o si se quiere, dos interpretaciones del pasado. Una se daba al pueblo, aquella "historia depurada", sucesión ininterrumpida de magnos conocimientos en los que se mezclaba, para reforzar la solidez de la estructura, la leyenda y el elemento divinizador. Otra, la historia reservada para el conocimiento de los amautas y de los "incas por privilegio"; aquella relación fiel de los hechos del pasado en los que alternan, invariablemente y en todas las culturas, la hora del esplendor con la hora de las tinieblas.

Pero este conocimiento dualista de la historia era aplicable a una sociedad organizada bajo los principios de un rígido absolutismo y en la que el pueblo no tenía sino que seguir los caminos previstos por el Inca y el Consejo del Imperio.

Acaso, en el rígido estado policial de la Rusia Soviética, y sin duda alguna, acontece un hecho similar. Se falsifica, con fines políticos y de dominación universal, la Historia, creándose una mística particular que se entrega para el consumo de las multitudes, a sabiendas de los frutos que esta falsificación va a producir. Pero tanto en el Imperio de los Incas como en la más grande autocracia de todos los tiempos, los falsificadores saben cuál es la verdadera Historia y ni siquiera ellos pueden prescindir de conocerla tal y cual es, de interpretarla en su justa medida, de aplicarla en consonancia con la realidad. Y esto, por una simple razón: si quien tiene el gobierno de un pueblo equivoca la historia, equivoca, por consecuencia lógica, los medios que ha de aplicar para llevar adelante su obra, de acuerdo, naturalmente, con la filosofía y el fin que se persigue.

Pero en los países de América que no son imperios ni están sujetos a ningún absolutismo, por definición



de sistema de gobierno y de filosofía política, a quien toca gobernar es al pueblo, porque esta es la nota distintiva de la democracia. Por consiguiente, el pueblo ha de saber la verdad respecto de su historia si no quiere equivocarse su camino, si no quiere errar en la elección de sus sistemas e instituciones. En América, la historia tiene que ser una necesariamente y ésta ha de ser la verdadera Historia. Una sola la interpretación, uno solo su conocimiento. No cabe que lo que es verdad en Quito, sea falsedad en Santiago de Chile y teoría no demostrada en Washington.

Tampoco cabe que la verdad histórica que se enseña en un establecimiento de Guayaquil sea diferente por su contenido con aquella que es materia de estudio en otro instituto educativo de Riobamba y contradictoria con los hechos que se analizan en un Colegio de Loja. Es preciso unificar la verdad histórica. Primero en el ámbito nacional, luego en el internacional.

La Historia, como ciencia que es, está sujeta al procedimiento de demostración de las verdades que enseña. Pero toda ciencia adquiere, en un momento determinado la certeza absoluta de sus postulados que se convierten de allí en adelante, en leyes, si son ciencias naturales, y en principios incommovibles si son ciencias morales. A esta segunda clasificación pertenece la Historia.

Los niños ecuatorianos desde la segunda mitad del siglo pasado y en los años que llevamos del presente, han venido aprendiendo que el 10 de Agosto de 1809 es la fecha inicial de la Independencia, no sólo de la antigua presidencia de Quito y actual República del Ecuador, sino también de América Latina. Y es así, como por lapso de más de un siglo, este hecho ha sido reputado por nosotros como una verdad universal e indiscutible. Y en esta verdad se



ha afirmado otra construcción de vuelo lírico y patriótico: la denominación tan cara a nuestros oídos de "Quito Luz de América."

Pero con motivo de la última reunión celebrada en la ciudad de Cuenca, del Congreso de Historia, convocado por el Instituto Panamericano de Geografía e Historia, con sede en Méjico, organismo de máxima autoridad en todo el Continente, se llega a descubrir que esta verdad ecuatoriana sobre la fecha magna del 10 de Agosto, no tiene sino un alcance local, de puertas para adentro, que su significación está reservada al consumo doméstico de los ecuatorianos.

Los delegados de Méjico, de Venezuela, de Argentina y más aún los delegados de los Estados Unidos de Norte América quizá ni siquiera tenían referencia de esta fecha. La ignoraban y aún la combatieron enfáticamente, hasta lograr que prime en la conciencia de los asistentes al Congreso la idea de que el punto inicial de la Independencia de América, es el 19 de Abril de 1810, fecha del primer movimiento revolucionario de Venezuela en contra de la autoridad peninsular.

Ante esta situación, faltó, acaso, entereza en los representantes ecuatorianos para defender la verdad que cien años hemos enseñado a nuestra niñez, la verdad en la que hemos fundado nuestra nacionalidad.

No sería, acaso, que el desconocimiento de la fecha del 10 de Agosto por parte de los delegados de los demás países concurrentes, se debe al arraigado vicio de patriotería que nos mueve a erigir nuestros ídolos, sin cuidarnos de hacer valer nuestras verdades en el ámbito continental? No será que los ecuatorianos no hemos podido tomar parte en el desarrollo político de América por dedicarnos a pregonar entre nosotros determinados hechos, sin



pensar en dimensión continental, desarticulados del mecanismo americano? "Nosotros hemos heredado de nuestros conquistadores ese ocio espiritual, castellanamente elegante, que nos hace pensar que basta el concepto propio de lo que hacemos o de lo que somos, sin preocuparnos por hacer conocer nuestra vida, nuestros esfuerzos y nuestro pasado fuera de los linderos de nuestras montañas nativas."

Hemos proclamado la verdad del 10 de Agosto en los bancos de nuestras escuelas y hemos creído que con esto se agotaba la importancia del asunto: América no necesitaba conocer, documentada, racional, vigirosamente, la fecha que nosotros asignábamos para uno de sus más altos y fundamentales acontecimientos. Si el 10 de Agosto era la fecha de la primera clarinada de la libertad de América, pues a América debíamos decirle esta verdad.

La Academia Nacional de Historia del Ecuador, organismo que posee una altísima tradición y que merece el respeto de sus similares en América, por haber sido ella quien abrió los caminos de la investigación, en mérito a sus gloriosos antecedentes, está en el deber de salir por los fueros de su prestigio ganado, manifestando su autoridad ante los poderes públicos, es decir cumpliendo su deber.

Los textos oficiales de enseñanza de la Historia tienen que llevar el visto bueno de la Academia Nacional. Y aseguramos esto de manera general, pues no queremos referirnos a un libro recientemente aparecido sobre materia histórica ecuatoriana cuyo autor, además de revelar la total ignorancia de esta disciplina, parece que desconoce aún la gramática y, he aquí lo inexplicable, su libro ha sido recomendado oficialmente por los poderes públicos, demostrando así su poco escrúpulo en esta materia.



Llamamos la atención a las autoridades educativas y a la Academia de Historia para que vigilen esta clase de publicaciones con el mayor celo, porque la Historia y su enseñanza se refieren a algo íntimamente vinculado con la raíz de nuestra Patria y su sentido de nacionalidad.





✓

Discurso del Sr. Alcalde Dr.  
Carlos Andrade Marín, en la  
Sesión Solemne del J. Concejo

EN QUE FUERON DECLARADOS HUESPEDES DE HONOR LOS  
DELEGADOS AL CONGRESO DE RECTORES DE UNIVERSIDADES  
DE AMERICA, QUE TUVO SU SEDE EN LA CIUDAD DE QUITO

**L**AS Universidades de la América Democrática, personificadas en sus Rectores y máximos dirigentes, han llenado con su presencia la vida cultural de estos días de Mayo en nuestra Ciudad de San Francisco de Quito.

Sus actividades atestiguan, una vez más, la alentadora realidad de que la Universidad Moderna tiende a representar no sólo a las minorías intelectuales y cultivadas y a las clásicas actividades profesionales y científicas, sino también y especialmente a la cultura y cualidades del pueblo que la alberga y la nutre. Vemos pues en vosotros, distin-



guidos visitantes, la representación de las virtudes de vuestras patrias y de vuestros pueblos.

De esta manera, la reunión de Universidades democráticas americanas es de verdadero y sincero acercamiento entre países hermanos en la que no existe, no puede existir, el ambiente de recelos mutuos, de reserva y desconfianza que preside las reuniones de representantes gubernamentales o diplomáticos en el mundo de hoy, angustiado y dominado por el temor, dividido por mitos que han crecido al amparo de la audacia de unos pocos y la resignación de todos. La historia en lo que va de siglo nos enseña que ninguna de esas Conferencias en nivel oficial ha servido para afirmar la paz: apenas, algunas de ellas han podido detener temporalmente la guerra.

La paz sin imposiciones, la paz sin apaciguamientos se forjará cuando se puedan multiplicar los contactos entre los pueblos por medio de quienes —como vosotros— representan los valores humanos básicos que no están constituídos por la fuerza ni por el orgullo nacionalistas, sino por la cultura, por el sentido de solidaridad que hace que el hombre y las naciones puedan convivir con tranquilidad, respetándose mutuamente, perfeccionando la tolerancia como la más humana cualidad y creando sinceramente así un mundo mejor para vivir con bienestar, para soñar con libertad y para morir sin sobresaltos.

Y esta reunión de gente universitaria tiene, como ninguna, ese hondo significado, hoy en escala continental y en medida americana, que es buena semilla y buen antecedente para el mañana mundial.

En este rincón tranquilo de las montañas andinas, en esta pequeña capital enclavada no en una de tantas



encrucijadas de un mundo cada vez más precipitado y turbulento, sino en un valle de remanso y sedación, os recibimos los quiteños, señores Rectores, con respeto cariñoso para cada una de vuestras nobles patrias.

Canadá, incorporada definitivamente al ideal americano al que le unen los más fuertes de los vínculos: los de la geografía y el espíritu y hacia donde trae las siempre frescas brisas de la cultura de Albión y Lutecia.

Estados Unidos, la gran democracia de Occidente y de los cuatro puntos cardinales, el país cuya mayor grandeza estriba en haber llegado a la cumbre del poderío de todos los tiempos y haber tenido la ponderación y el buen juicio de no usar ese poder para esclavizar a los demás pueblos ni en formar imperios de hombres subyugados como lo hicieron todos los que allá subieron, sino para ayudarlos y para mostrar con su ejemplo cuales son las ventajas de una auténtica democracia y del goce de la libertad sin falsas interpretaciones.

Venezuela, la cuna de Bolívar, cuya espada victoriosa nos legara libertad y cuyo genio civil de estadista nos dejó las enseñanzas de unidad que todavía tienen la vigencia de lo eterno y que algún día se cumplirán en plenitud. Tierra de hombres rebeldes que han luchado reiteradamente para arrojar tiranos de su rico suelo y que hoy ven felizmente una nueva aurora de paz y libertad que será definitiva para asegurar así la utilización de las incalculables riquezas de su suelo privilegiado, en beneficio de las mayorías.

Colombia, nuestra hermana querida, que sale también, gallarda y valientemente de sus quebrantos



pasajeros, alzándose vigorosa y libre sobre las dificultades que en su camino hacia la paz y la gloria pusieran los caudillos, volviendo a ser el ejemplo de democracia civil y civilizada, madre fecunda del pensamiento y las letras, del estudio y el trabajo.

Chile, tierra para la que nuestro pueblo tiene el más entrañable y tradicional de los afectos y la más pura admiración por la laboriosidad y patriotismo de sus hijos. Chile es muestra patética de que la naturaleza vale solamente lo que vale el hombre que sabe conquistarla cuando, como allá, es capaz de transformar los desiertos en riqueza y arañar la corteza de las montañas inhóspitas para arrancar sus escondidos tesoros que sólo se rinden a la constancia y al diario esfuerzo. Sus Universidades técnicas nos están marcando la ruta del progreso bien cimentado para el futuro de toda América dado por un pueblo cuya cultura deriva del hecho de que sabe cantar trabajando.

Uruguay, patria a la cual queremos parecernos los ecuatorianos cuando afirmamos, como país pequeño y materialmente débil, que sólo la cultura levanta y engrandece y que no importa la dimensión de una tribuna cuando desde ella se puede irradiar la más alta y noble muestra de la inteligencia humana, como lo han hecho y lo hacen con tanto aplomo y dignidad los uruguayos de ayer y de hoy.

Brasil, el hermano mayor de Latino América, cuyo empuje de desarrollo es tan grande que difícilmente podemos seguirlo con el ritmo de las apreciaciones estadísticas de números y coeficientes. La voz del Rector Magnífico de una magnífica tierra puso anteayer en nuestros espíritus la nota más optimista y esperanzada, al escuchar sus juicios y sus proféticas apreciaciones sobre el valor de América



y su papel de transcendencia inevitable en la marcha de la humanidad, por sobre la vana oratoria y las vacías fórmulas artificiales. La conquista de Brasil a su propia selva es la demostración real de la enorme valía de su pueblo, que tiene la épica aventura como norte y el Plus Ultra como lema.

Y todas estas naciones, y las demás de América que están también espiritualmente en Quito, han acudido al oportuno llamado de la Unión Nacional de Periodistas para tratar sobre los problemas comunes y para defender su realidad y su influencia en la era actual del mundo, preservándola de interferencias extrañas que desvirtuarían la naturaleza del Continente y su potencialidad intelectual.

América es Continente de hoy y del futuro. Y no porque sea mundo nuevo frente a otros caducos, ya que no existen tales continentes. En todos ellos está viviendo el hombre, cuya especie no muestra biológicamente signos de envejecimiento ni está en trance de desaparición. Todo lo contrario: se multiplica y crea, material y espiritualmente como nunca hasta ahora lo ha hecho. América es tierra de promisión porque tiene posibilidades de albergar mayor población y porque, felizmente, tiene mejor protección contra la tendencia gregarista de los cuerpos y las mentes que esteriliza y mata los ideales y forja caudillos y tiranos.

Por ello, los grandes problemas —que vosotros estáis seguramente contemplando con clara visión, con sus matices y detalles— pueden reducirse a dos conceptos fundamentales.

Elevación del nivel de vida en Latino América hasta borrar diferencias con Estados Unidos, transformando así al continente en una unidad homogénea



en su economía, en donde funcionará mejor la política interamericana y tendrán base firme las medidas contempladas para su progreso.

Y luego preservación de los ideales de paz, de libertad, de justicia y democracia, para mantenerlos tales como son, sin deformaciones, a fin de que sigan cada vez con mayor énfasis presidiendo el desenvolvimiento americano y enaltecendo al hombre de estas tierras.

Señores Rectores y más distinguidos visitantes:

El Cabildo quiteño, en resolución que le honra, os ha declarado HUESPEDES DE HONOR de la Ciudad y me ha encargado entregaros los Títulos que acreditan tal distinción.

Al hacerlo quiero expresaros mi felicitación cordial y el deseo —que es de todos los quiteños— porque vuestra permanencia sea feliz entre nosotros. Que el clima agradable de Quito y la diafanidad de su cielo sean marco propicio para el acierto de vuestras resoluciones y que encontréis buenos y numerosos amigos entre quienes hemos tenido la suerte de apretar vuestras manos.

Por último, vuestra presencia aquí nos da la seguridad —que es urgente y definitiva para América— de que en la revolución pacífica que hemos emprendido contra el analfabetismo, la ignorancia, la miseria y la enfermedad, las Universidades de toda América forman en la vanguardia, de mano con el pueblo que bendecirá vuestros afanes.





Discurso del Señor Presidente  
Ocasional del Ilustre Concejo  
Dr. Ernesto Rivadeneira García

en Sesión Solemne conmemorativa del Día  
del Civismo el 27 de Febrero de 1959

CON singular acierto, por iniciativa del Ilustre Municipio de Quito, que data de 1946, recogida por el Gobierno Nacional en 1948, se ha consagrado el 27 de Febrero, Aniversario de la Batalla de Tarqui, al "Enaltecimiento del Espíritu Cívico de la Ciudadanía". Para este objeto, en todos los Concejos Cantonales del territorio ecuatoriano, se deben estar celebrando sesiones solemnes, con la concurrencia de las autoridades y personas representativas de cada localidad.

Hora de reflexión en que haciendo un alto en las actividades cotidianas, recogemos nuestro espíritu para compenetrarnos de las permanentes verdades de



la Patria. La precipitación de los acontecimientos de la vida moderna sumerge a la humanidad en una actitud irreflexiva, pasiva, en cierta manera. Recibe las influencias externas, una tras de otra, reaccionando ante ellas, de una manera casuística, si se quiere, en todo caso sin la elemental intervención del espíritu que discierne, selecciona y califica los acontecimientos ordinarios, usando para ello de los principios absolutos, de la ordenación de los valores humanos, conforme su importancia. En estas circunstancias, el hombre se acostumbra a conceder excesiva importancia a lo transitorio, a sacrificar lo esencial en aras de lo accidental, a vivir, en suma, sin detenerse a pensar por qué vive, ni menos, naturalmente, a orientar sus actos y los acontecimientos que le rodean en los cuales él podría influir, por las directivas de su espíritu, que de producirse, le impulsarían a respetar las esencias primordiales y establecer como guía de su conducta la escala de valores que en sus etapas de reflexión, de compenetración, se hubiera formado. Estas realidades de nuestro tiempo han producido concepciones filosóficas, ya no muy nuevas, que se han integrado en doctrinas como la existencialista tan en boga en los últimos tiempos.

De allí que, sobre todo en el mundo moderno, en la etapa de la velocidad en que nos ha correspondido vivir, reviste especial importancia el hecho de que nos detengamos a reflexionar, a reajustar nuestros criterios, a reavivar en nuestro yo más íntimo, la presencia de aquellos principios fundamentales que deben guiar, orientar nuestra actividad.

Las concepciones logradas en estos trances, constituyen a la manera del motor que impulsa la actividad del hombre, de la energía que, acumulada, se manifiesta a cada instante. Incorporadas a nuestra conciencia hasta formarla con intensidad tal que



cuando en cada acto ordinario de nuestra vida pronuncie su fallo, su dictamen, impulse la voluntad a la realización del acto bueno, del acto patriótico, ellas refrenan el impulso hacia lo equivocado, hacia lo que desmerece de los valores esenciales de la sociedad a la que pertenecemos.

El sistema psicológico propuesto no constituye ninguna novedad. Ya en el siglo XV, aquel gran conocedor de las características humanas, Ignacio de Loyola, lo utilizó en sus "Ejercicios Espirituales", que no son otra cosa que la consagración de una determinada etapa de tiempo a la reflexión sobre las verdades eternas. Los comunistas chinos han imitado el sistema para la preparación de sus dirigentes, obligándoles a concentrarse en determinadas épocas del año, para compenetrarse de los principios de su doctrina.

Os llamaré la atención, y anoto que soy el primer sorprendido, que en momento tan importante, de tan alta significación espiritual, sea quien carece de méritos para hacerlo, el que os hable. Sólo la representación que el Ilustre Municipio de Quito, cuya gloriosa tradición le coloca en lugar prominente entre las instituciones ecuatorianas, ha tenido la bondad de concederme, presta a mis palabras la autoridad que requieren.

Se ha dicho que el civismo es el celo que el hombre manifiesta por los intereses de la Patria. Es la virtud, que debidamente ejercitada por el hombre, le impele a sacrificar sus propios intereses en beneficio de los de la colectividad en la que le ha tocado vivir. Con este concepto, que implica nobleza de espíritu y ánimo esforzado, se comprende hasta qué punto cada ciudadano debe ejercitar el civismo aún en los actos más ordinarios de la vida. Con un criterio



equivocado se ha pretendido que aquel ciudadano a quien por cualquiera circunstancia no se le ha confiado por parte de sus semejantes alguna forma de gobierno, de representación de la sociedad, sólo ejercita esta virtud, cuando cumpliendo con el deber del sufragio, deposita su voto en los actos electorales. Tal aseveración nos conduciría al absurdo de pretender que sólo en aquellas oportunidades el ciudadano vive en sociedad.

Es cierto que quienes ejercen funciones de gobierno, por la índole misma de su actividad, tienen que consagrarla con mayor empeño al bien de la colectividad; pero no es menos cierto que casi no hay acto de hombre que en una u otra forma, no influya en la sociedad en que vive.

El gobernante tiene que procurar con celo por la Patria, cumplir con su deber, ajustar sus actos al logro del bien común. Tiene que obedecer el mandato, la orden de la sociedad que gobierna, mandato, orden, constantes de la constitución y las leyes. A él, a más de la obligación natural de todo individuo para con la sociedad, le liga con ella el juramento de servirla, prestado al comienzo de su ejercicio. Es el mandatario, y en cualquiera de las escalas en que esté colocado, tiene que cumplir con las instrucciones de su mandante, el pueblo que lo eligió, con especial dedicación y eficacia.

El ciudadano por su parte, debe intervenir activamente, participar del acaecer colectivo como parte integrante del todo, con la conciencia clara de que su relación con la sociedad es constante, perenne, irrenunciable. Conforme sean sus capacidades, debe no sólo acomodar sus actos a este fin, sino además tiene la obligación de, en forma activa, contribuir con su aporte para rectificar lo equivocado, enderezar lo torcido. Esta, especulativamente, la actitud del ciudadano para con la sociedad.



Pero revisemos, ahora, escuetamente, en qué proporción y a base de qué concepciones de las realidades que nos rodean, cumplimos con estas obligaciones elementales. Revisemos en suma como practicamos la virtud del civismo, celo por los intereses de la Patria.

Una determinada actitud de quienes a sí mismo se califican de políticos, olvidándose que política es la ciencia del estado, ha corrompido los conceptos en tal proporción que como consecuencia se han desviado también las intenciones, hasta descuidar lo esencial, la Patria, la Nación, por dedicar excesivamente la atención a lo que es una parte, importante sí, pero en todo caso, una parte: el gobierno. "Consideramos el gobierno, el Estado, dice Ortega y Gasset —como uno de los órganos de la vida nacional; pero no como el único, ni siquiera el decisivo. Hay que exigir, añade, a la máquina estado, mayor, mucho mayor rendimiento de utilidades sociales que ha dado hasta aquí; pero aunque diera cuanto idealmente le es posible dar, concluye, queda por exigir mucho más a los otros órganos nacionales que no son el estado, que no es el gobierno, que es la libre espontaneidad de la sociedad".

Se trata de conceder a cada cosa el valor exacto que le corresponde, dentro de la escala que cada uno de nosotros debemos formarnos. Obligación de todos y muy importante, preocuparnos de la forma cómo, cumplen con su función quienes se hallan en situaciones de obedecer un mandato que la nación les ha encomendado. En este sentido, la crítica al acto de gobierno, la observación bien intencionada, la oposición razonada a la gestión de quienes gobiernan, cuando desobedeciendo las instrucciones de sus electores, se apartan del sendero que les fijaron, oposición encaminada a rectificar el error, y en



general toda actitud del ciudadano tendiente a participar en la dirección que debe imprimirse a la nación, cobra una altura que le convierte en actitud cívica. Pero si allí se detiene, queda trunca. Descuida el conjunto y conduce al error tan común en nuestros tiempos, de estimar que el ciudadano que dedica sus afanes al bienestar de la colectividad, debe forzosamente tener como meta la captación del gobierno, por sí o por su grupo.

Esta mezquina apreciación nos lleva a la aberración de preocuparnos por sobre todo los elementos de la sociedad, de las formas de gobierno, dejando en segundo plano, si no olvidando lo que constituye el verdadero objetivo en este campo de las actividades humanas, la vitalidad de la nación.

Una verdadera virtud cívica nos conducirá mucho más allá de la simple intención de guiar a la sociedad, nos llevará hasta el empeño por estructurarla, por vitalizarla. Con un penoso proceso histórico que tendrá que abarcar muchas generaciones que sepan practicar la virtud del civismo, que acometan sin temor la ardua y silenciosa tarea, que a nadie ha hecho inmortal, de levantar una nación, una sociedad, con características tales de originalidad, con personalidad tan poderosa, que rebasando las estructuras de la organización estatal, oficialista, diría, imprima su propio impulso, gobernando ella, la nación y no requiriendo ser gobernada. En este proceso lento, laborioso, de siglos, cada incidente social y como consecuencia, cada acto de todos los ciudadanos, nos acerca o aleja, del fin propuesto. La apreciación cabal de la gigantesca envergadura de la empresa es la mejor apología de la importancia inconmensurable de la virtud cívica que bien practicada, nos permitirá realizarla. Todos los hechos sociales, desde las condiciones del nacimiento del niño, hasta la educación



que se le proporcione, así como la actitud de los ciudadanos con relación a las sociedades menores, tales como la ciudad, la parroquia, el barrio, su actitud dentro de la célula elemental de la sociedad, la familia, influirán decisivamente en la estructuración de la nación.

La historia, método de la acción del hombre, nos demuestra cuán ciertos son estos planteamientos. No podemos atribuir a los Césares, la grandeza de Roma, ni a Felipe II, la de España. Son los integrantes de la sociedad, los que estructuraron sus naciones procurándoles tan original personalidad, quienes hicieron posible su aporte gigantesco a la humanidad. Es a esa pléyade de generaciones de ciudadanos ignorados, que supieron practicar el civismo, a quien hay que atribuir el mérito de la grandeza de las naciones. Quien las gobierna, si bien tiene el mérito de comprenderlas y de obedecer sus impulsos vitales, no es sino el instrumento de la realización. De esta apreciación del justo valor de los elementos que concurren a integrar el conjunto que es la Patria, se desprende que si en algún momento se produce una pugna entre el Ecuador oficial, el que se nos manifiesta por su constitución y sus leyes, y la substancia nacional, el verdadero Ecuador del que fueron artífices Espejo, Montalvo, González Suárez, que no ejercieron funciones de gobierno civil, tendremos que usar de la suficiente conciencia de nuestra auténtica personalidad como nación, como para quedarnos con este Ecuador y modificar la estructura.

Ninguna distancia más corta, entre nuestro corazón y la Patria, que el sendero que nos señale el civismo. Es la línea recta.



## ¡Salve Quito!

Zoila Ugarte de Landívar



ELAS hispanas se hinchen con las brisas salobres del Pacífico, hienden las quillas audaces las aguas rumbosas y el ala del viento arrastra el verbo rebotante, la más castiza interjección española: es el conquistador que llega.

Estamos en la isla del Gallo; el tisú de las aguas se ondula al contorno del pequeño lunar de tierra, lente ahumado en marco movedizo, célula gloriosa de una iliada magnífica.

Allí están Pizarro y don Diego de Almagro, amigos de cama y rancho desde Panamá; dos magníficos señores de la corte de la Gloria, dos gigantes de la gesta asombrosa de la Conquista; ignaros en gaya ciencia, sapientísimos en achaques de valor, héroes de milagro que pueden emular a Cides y Rolandos, a Bernardo del Carpio y a cuantas



figuras heroicas ha creado y endiosado la fantasía popular.

Han venido del otro lado del gran charco, impelidos por el espíritu aventurero de la Raza.

\*  
\* \*

El uno es tuerto, los dos cenceños y de estatura mediana, el alma está sobrando del cuerpo, donde le falta espacio para moverse a sus anchas.

Ni el futuro señor Marqués, ni el futuro señor Mariscal saben hacer un palote ni decir el abecé, pero menos averigua Dios y perdona; qué importa, esos ingredientes no se necesitan para conquistar tierras para España y talvez estorben cuando llegue la hora de seguir juicios verbales, dictar sentencias de muerte y realizar otras cosas propias de adelantados y señores de horca y cuchillo en tierras de América, que son del Rey y de sus súbditos.

La sangre ibérica primitiva bordonea ruda en las arterias; no han conocido ni conocerán jamás el miedo ni el cansancio, pero sí se saben de coro la tradicional valentía de los tercios que el señor Carlos V pasea por Europa; conocen de todas las hazañas legendarias y tienen la verbosa petulancia de quien todo lo fía a sí mismo y no duda de nada; la voluntad incontrastable, la tenacidad que lleva hasta el imposible; el valor temerario, características propias del hispano: se están criando para héroes legendarios, de esos que sobresalen en la humanidad, de la cintura para arriba, por no decir, del calcañar para arriba.

Hay consejo de Jefes: el socio de Pizarro, Almagro, que vaya a Panamá a traer más gente, pertrechos y lo necesario para emprender la conquista del Perú; Bartolomé Ruiz, el piloto inmortal al que le debemos una estatua, que siga explorando el Sur,



y el magnífico señor Don Francisco Pizarro que se espere allí con su gente, hasta que vuelva Almagro.

Van corriendo los días, los españoles se desojan inquiriendo la lejanía del horizonte, las lontananzas engañosas. Nada ven. . .

La pequeña isla del Gallo se está volviendo inhospitalaria; tienen hambre, tienen sed, padecen enfermedades; perecen bajo el sol espléndido, oyendo la cadencia monótona de la ola que ríe burlona al deshacerse en la playa.

Un manto eflorescente de estrellas y constelaciones que no vieron jamás hasta entonces, titila fúlgido sobre sus cabezas, indiferente a la dolorosa estoicidad que les embarga. . .

Y la vela blanca de sus deseos, no asoma la cruz de sus antenas, no se pincha preñada de esperanzas!

¿Qué será de Almagro? ¿Van a morir abandonados en esa isleta solitaria?

Las rosas de la aurora se desgranán día tras día; los resplandores del crepúsculo tórnense noche cada tarde, y el soñado bergantín no llega. . .

Un día se llenan de gloria las pupilas, los ojos turbios de mirar la llanura inmensa y líquida, retratan gozosos el ala de gaviota, la lona tantas veces fingida en la retina por engañoso deseo.

¡Almagro vuelve, Almagro trae bastimentos, hombres, cuanto es preciso para conquistar el Imperio, que casi a la vera tienen!

Un hurra formidable estalla y se pierde en las playas distantes del Continente; las plegarias suben a los cielos!

No era Almagro, era Tafur. . .

Las quejas de los confinados en la isla del Gallo, para que los hiciera regresar, habían llegado a Pedro de los Ríos, Gobernador de Panamá, y Tafur traía la orden de que se abandonase la empresa de la conquista del Perú.



Pizarro, ante semejante resolución, pidió a Tafur que le dejara víveres, ya que iba a llevarse a la gente.

El delegado del Gobernador negóse a ello con tenacidad.

Tafur ha dado ya la orden de embarcarse, hay que perder toda esperanza. . .

Se recogen anclas, suéltanse los rizos.

¡Adiós conquista del Perú! . . .

La inspiración del genio se apodera de Pizarro, y de un solo aliento traza con mano audaz la línea inmortal de su gloria; la que divide la tierra de Levante a Poniente, en su corta síntesis de algunas varas españolas, y alzándose cuan alta y soberbia puede alzarse la grandeza heroica, dirigió hacia el Norte la espada que en su diestra fué cetro, diciendo a sus compañeros: "Para allá, pobreza, deshonra; para acá, señalando el Sur, riquezas, gloria! El que quiera que me siga", y cruzó la valla que él mismo había delineado, quedando en tierra austral de cara al Imperio de los Incas.

Solamente doce siguieron al audaz Capitán, los demás se marcharon con Tafur.

De la isla del Gallo, donde siempre estará de pie la épica figura del conquistador Pizarro, señalando las tierras del Sur, pasaron a la Gorgona, más distante de la costa.

No es para contado lo que allí padecieron los trece de la isla del Gallo.

Por fin después de ocho meses, llegó Almagro en un buque que logró conseguir en Panamá.

En odisea maravillosa vuelve Pizarro, llevado por su piloto Ruiz, a cruzar en triunfo las aguas ecuatorianas.

Pasa el arco magnífico de la línea equinoccial, surca el Golfo de Jambelí y desembarca en Túmbez.

Todos sabemos lo que vino después: la tragedia con todos sus horrores, la tragedia de Atahualpa, la tragedia de los Almagros y de los Pizarros! ! ! . . .



La gesta magnífica desplégase epopéyica sobre el Imperio del Sol!

Caen sus templos, su culto, sus emperadores; todo pavor y destrucción tiene allí su asiento: el Inti ya no es Dios! . . .

Rota está el ara, las vestales dispersas, las pallas ultrajadas!

Al divino Atahualpa, al soberbio guerrero, le bautirazon Juan; diéronle garrote, y tendido en el polvo vil, durmió toda la primera noche de su noche eterna, al pie del poste infamante en que lo extrangularon ¡El, el teócrata omnipotente, el gran sacerdote de su padre el Sol; él, que ayer no más veía postrado a sus pies todo el Imperio de confín a confín! ! !

El ala entelerida de la fatalidad consumada hace temer de horror todos los corazones! ! !

Un soplo de desolación se arrastra gemebundo entre las huacas! ! !

Han desaparecido los brillantes ejércitos del Inca; el español ha humillado la raza someténdola a servidumbre.

Delenda est. Tahuantinsuyo !Tahuantinsuyo no ha muerto todavía! Tahuantinsuyo está en pie! ! !

Quizquiz es de esa tierra de bravos, Quizquiz no suelta las armas, Quizquiz se les enfrenta y los combate en el mismo corazón del Imperio! ! !

Atahualpa no debe permanecer entre enemigos.

Algunas de sus viudas se mataron para seguirle, otras acuden a su prisión y acercándose de puntillas a los ángulos, le llaman bajito, bajito, por ver si les responde! . . .

Pallas, súbditos, parientes, todos le han llorado bastante. Cajamarca es un solo gemido; ahora a salvarlo, a sacarlo de allí, a cumplir el deseo del soberano de reposar junto a sus mayores, bajo el cielo que le vió nacer, en su amada Quito, donde dejó sus hijos pequeñuelos. . .



Con perfecto sigilo roban el cadáver y lo trasladan con rapidez, como ellos saben andar, fuera del Perú.

Los restos mortales del guerrero invicto sacrificado a la ambición de los conquistadores, suben la Cordillera que tantas veces holló el Inca con su sandalia de oro al frente de sus huestes, suben en hombros de sus fieles vasallos.

¡Cómo no estalla la bóveda del cielo! ! ! . . .

En Liribamba, la patria de sus abuelos maternos, celebran sus funerales conforme al rito incaico.

La familia real, los grandes del Reino, Rumiñahui al frente del Ejército, la nación toda en pie de guerra, le tributaron los últimos honores. . .

¡Ya estaba en tierra libre; ya no llegaría hasta él el blanco maldecido!

Y sigue camino de Quito la caravana solemne, entre alaridos estentóreos, sollozos y canto trágico de trenos desesperados que llegan a lo más íntimo del alma, de esos con que aún hoy día entierran a sus muertos los indígenas ecuatorianos.

Melopea de angustia, ritmo a media voz, mezcla de ayes agonizantes y arrullos de tucurpilla solitaria, oculta entre las breñas, con que la india viuda habla, gime en ditirambos poéticos las excelencias del amado!

¡Cómo sería el llanto de las viudas y vasallos del Inca! ! !

El corazón de los riscos devolvía lúgubre la gigante elegía que todo el pueblo desesperado cantaba y sollozaba alrededor de Atahualpa.

El esparto de los Andes que sabe componer rapsodias con voz dulce y lastimera en lo más alto de las cimas heladas, unió su canto tristísimo al son lúgubre de la quipa, de la bocina y pingullo; al de los parches de guerra y al paso lento y acompasado de la milicia quiteña; lloró de pena goteando de sus hebras ateridas, el cristalino llanto de la escarcha, sobre las andas del Inca.



Llega a Quito la fúnebre teoría, y en medio de solemnidades imperiales, sepultan al gran sacerdote, al soberano adorado, y lo sepultan tan bien y tan escondido, que fue inútil la codiciosa búsqueda del conquistador, que no pudo profanarlo jamás. . .

El Inca duerme todavía escondido como los faraones, el sueño eterno de la inmortalidad, sin que aún sepamos en qué camarín de oro lo ocultaron. . .

\*  
\* \*

Rumiñahui, encarnación del patriotismo quiteño, temeroso de que los españoles avancen sobre Quito, aprovecha de la venida del regio cadáver para exaltar los sentimientos idolátricos del pueblo, acostumbrado a mirar a Atahualpa como a una divinidad.

Es soldado, y por experiencia sabe el odio y la venganza que la muerte del parsí divino, había despertado en el soberbio corazón de los guerreros!

Rumiñahui arenga, convoca asambleas, pacta con los caciques de las provincias la defensa común, resuelto a no entregar al extranjero ni un palmo del territorio de la patria.

Pero el generalísimo indio no contaba con la traición, ni menos con la superstición nativa; y la traición, y la superstición echaron por tierra todos sus esfuerzos de guerrero experto, todas sus esperanzas de patriota!

\*  
\* \*

¡Benalcázar quiere conquistar Quito!

¡Benalcázar está a las puertas del Reino de Quito! . . .

Rumiñahui mantiene la nación sobre las armas: hay que detener al invasor! ! !



Los quiteños defienden heroicamente el suelo nativo; erizan de puntas los caminos para que no pueda pasar la caballería española, desgalgan peñas desde las eminencias de sus montañas, desde la altura de sus fortalezas; empiedran con sus cadáveres y anegan con su sangre generosa la llanura de Tiocajas; todo en vano, el conquistador avanza!

Esos hombres vestidos de hierro, cabalgando monstruos, hacen temblar las montañas con el estampido del arcabuz, que lleva la muerte desde lejos, como la lleva el rayo.

¿Qué poder tienen? ¿Quiénes son?

¿Va a cumplirse el pronóstico terrible que mató de pena a Huaina?

¿Ha llegado la hora fatídica en que debe cumplirse la antigua profecía que anuncia que el Imperio terminará cuando lancen su lava los volcanes?

Han temblado los montes. . . se han encendido sus cúpulas. . .

El vaticinio se realiza. Toda resistencia es inútil !!! . . .

El ejército indio levanta su campamento; el camino está franco, Quito a poca distancia. . .

Rumiñahui y algunos de sus Tenientes se esfuerzan por atajar la desmoralización y en parte lo consiguen.

Aún combaten los indios, aún se defienden, pero sin fe, sin mayor esperanza, y Quito, la imperial Quito, cae, aunque destruída e incendiada, en poder de Benalcázar, que sigue destruyéndola para buscar los tesoros de Atahualpa, que hasta el día de hoy encandilan la fantasía de los que quieren hallarlos.

\*

\* \*

Corre el año 1534. Al Hijo del Sol, al gallardo don Pedro de Alvarado viénele estrecha su Gober-



nación de Guatemala. Ha puesto sus ojos en Quito, porque sueña en los tesoros de Atahualpa y piensa conquistar el Reino. Su armada consta de siete navíos. Trae 500 hombres bien equipados, 227 caballos y todo el épico empuje de un español de aquella época, que halla pequeño el ámbito del mundo para saciar su ambición de gloria y de riquezas.

En el puerto de Nicaragua se apropia de mano poderosa, de dos buques de Gabriel Rojas, en los que éste se proponía traer 200 hombres a su amigo, el conquistador del Perú.

Las velas se tienden, las quillas rompen surco en la leyenda heroica de la conquista y llega el bello capitán a la costa ecuatoriana, siguiendo la estela gloriosa que trazó en el Mar de Balboa Bartolomé Ruiz, el piloto de Francisco Pizarro.

Salta en Caráquez y, a tienta senderos, recorre las intrincadas selvas del litoral ecuatoriano durante cinco largos meses, en medio de terribles penurias, y por fin, al cabo de ellos logra salir al callejón andino, donde encuentra estampadas las huellas de los caballos de Pizarro.

Había llegado tarde; Benalcázar y Almagro estaban allí para estorbarle el paso, y se lo estorbaron en forma.

El rubio y gentil Gobernador, el Adelantado temerario del César Carlos V tuvo que voltear cara y volverse a su Gobernación de Guatemala, dejando a sus rivales su flotilla, sus hombres, sus pertrechos, por cien mil pesos que Almagro se dignó ofrecerle.

Acampaban éste y Benalcázar en la llanura de Cicalpa, cerca de Liribamba, no lejos del hermosísimo lago de Colta.

Almagro no consintió ni por un momento en abandonar el campo. En tan apremiante emergencia, pues Alvarado estaba cerca, resolvió fundar un caserío en nombre del Rey y de Pizarro, cuyos poderes tenía, para de este modo alegar derechos de



posesión, y allí mismo, en la bella explanada, cerca de la ciudad indígena, capital de Puruhá, se delineó, el 15 de Agosto de 1534, el primer pueblo de españoles en nuestro territorio, con el nombre de Santiago de Quito, “e por que dixo que no sabe escrevir firmó por él a su ruego—blas de Atienca”.

El 28 de Agosto del mismo año se firmó en Santiago de Quito, otra acta de la fundación de la Villa de San Francisco del Quito “e por que el dicho señor Mariscal (Diego de Almagro), e por su mandado lo firmó Juan Despinosa, secretario de su magestad e alcalde mayor en estas provincias de Quito por su magestad.”

El 6 de Diciembre de 1534, entró el Teniente de Goberador, (Sebastián Benalcázar), por segunda vez en la capital de Atahualpa; mandó que se inscribieran los españoles que quisiesen ser vecinos de Quito; se inscribieron 204, se hizo el plano de la nueva ciudad, señaláronse sus términos y ejidos.

“En XX días del mes de diciembre MDXXXIV, el señor capitán (Benalcázar) mandó a hacer e hizo la traza de esta dicha villa y en ella escrevir o señalar solares a los vecinos de esta dicha villa.”

Así quedó fundada de hecho San Francisco de Quito.

\*

\* \*

La Quito de los Caras, la Quito de los Incas-Shiris, poblada de magníficos templos y palacios construídos con piedras traídas del mismo Cuzco, cubiertos de oro, laminados de plata, tapizados de telas preciosas y multicolores, era ya española. . .

Situada en un plano quebrado, rodeada por alturas que los Incas bautizaron con los nombres de las eminencias cercanas al Cuzco, como para darle semejanza con la ciudad sagrada, al norte estaba



Carmenga (San Juan); al sur, Yavirac (Panecillo); al Oriente Anachuarqui (Ichimbía); y al Occidente, Huanacauri (la Chilena).

En la cima del Yavirac se levantaba el magnífico templo del Sol, que era también observatorio astronómico, y en la Colina Carmenga, el de la Luna, su esposa.

Los muros macizos de los palacios reales y los de la nobleza, erguíanse altaneros entre las habitaciones humildes de los vasallos del Inca.

Sobre sus ruinas construyeron los conquistadores sus casas, que al principio fueron de tabiques y techadas de paja.

Toda la ciudad dividida por quebradas profundas, la convertían en un sitio estratégico de primer orden contra las acometidas frecuentes de Rumiñahui y demás capitanes que trataban de asaltarla y de incendiarla.

Desde la Cordillera Oriental, el tenaz guerrero amagaba sin descanso el campo español, manteniéndolo en continua zozobra.

Esto duró hasta que pudieron apoderarse de Rumiñahui que dormía sus fatigas en una choza, y en diversas circunstancias, se apoderaron también de los demás jefes quiteños y a todos les quitaron la vida.

\*

\* \*

El tiempo, la servidumbre y la miseria han borrado de la memoria del pueblo quiteño su estirpe, su boato, su libertad, o más bien, el suave dominio de los Incas-Shiris.

Ven vaga, nublada la visión de la magnificencia de Huaina y de Atahualpa, cuando ostentando sus vestiduras reales, bordadas de oro, los raros y luengos pendientes, el riquísimo peto cuajado de preciosas



gemas, las insignias de emperador: el llauto rojo del Inca y la esmeralda del Shiri, cruzaban la ciudad en andas de oro, balanceando sobre su frente altanera las plumas sagradas del coraquenque y precedidos del estandarte insignia, en que el arco iris deslumbraba, para ir a pontificar, por caminos cubiertos de flores, en la cima sagrada del Yavirac.

\*  
\* \*

El español hace indios ladinos, batihojas sutiles, escultores maravillosos!

A veces, como en ambos prima la superstición, mistifica la del indígena supliéndola con la suya.

Pone modelos delante y arma al nativo de escoplo y de cincel, y el nativo, que para imitar tiene un sentido aparte, va labrando bajo el rebenque del capataz, columnas salomónicas de mórbida contextura, volutas florecidas de azucenas ideales, para adornar el templo que ha de encerrar un ara que no es la vernácula de la raza.

La mano del orfebre indígena, tan hábil en afiligranar joyas de oro para su Inti y para su Rey, repite la obra, no ya en el metal precioso, en la piedra viva, en la berroqueña de durísima entraña y también en la madera de los cedros nativos, en el sisín de sus montes, en el capulí, su árbol doméstico, la sombra cariñosa de su mísero techo de esparto.

Y surgen por milagro del artífice indio, templos soberbios que ríen su gracia barroca y complicada en altares y alfarjes, en púlpitos y cornisas que pueden salir a concurso con sus similares de la Península. La Compañía. . . San Francisco. . . La Capilla Mayor. . .

Un campanil aquí, una torrecilla, una puerta mudéjar, un retablo maravilloso. . .

Surge la ciudad de piedra para gloria y regocijo del conquistador, que se siente en su casa y algo así



como en su propia España; que siente tranquila su conciencia, porque, si ha matado indígenas ha sido para salvar sus almas; si los ha desposeído de su libertad y de sus tierras, ha sido para civilizarlos, y sobre todo, porque el derecho de conquista es derecho de valientes y en eso nadie le hecha pie adelante. . .

Del español y la india ha nacido el mestizo, que lleva el nombre de su padre, es engreído y se siente superior a los de su raza.

Como es orgulloso, no quiere tolerar imposiciones, ni quiere ser menos que los nobles. Reclama derechos y quiere conquistarlos. . .

La raíz épica de sus dos estirpes echa tallo vigoroso.

Estalla la llamarada del volcán, el grito libertario del 10 de Agosto retumba imponente en todo el ámbito de la América y por un momento la caldea.

Luego la epopeya: Sucre!! Calderón!! Pichincha!!

\*

\* \*

Han pasado los siglos.

Devánase el ovillo inconmensurable de los tiempos.

Cuatro centurias rodaron sobre las cúpulas de azulejos brillantes, atalayas de la fe de la ciudad colonial, vieja sede española; predilecta del Sol, cuyos adoratorios cayeron, cuyas piedras desencajadas de los muros autóctonos, protestan eternamente prisioneras de arquivitrabes y cimbras de extraña arquitectura; cuyos fundamentos gimen bajo la pesantez de la basílica cristiana.

La góndola maravillosa de quilla fina y ligera empavesada de oriflamas y grímpolas, surca veloz la corriente secular, boga sobre el plielago azul de la leyenda, enflora su popa de la raras flores que abren sus corolas en el confín de lo irreal, embarca rayos de sol.



Golondrina del ensueño, abre la cruz de tus alas, transpórtanos al viejo ciclo, cuya historia lejana musita a nuestro oído encantadoras mentiras.

Han pasado los tiempos, han rodado los siglos!  
Remóntalos, fantasía, dórate de sol!

La mano incansable de Cronos abolló un poco la medalla que troquelaron los españoles y los mestizos de la Colonia, mas no ha logrado ni disminuir sus quilates ni borrar el sello primigenio que estamparon en ella sus fundidores: su origen permanece intacto.

El tiempo consiguió algo: echó sobre las cosas su velo de misterio, la niebla de la lejanía, mas, al través de ella los ojos inquiridores descubren la línea idealizada pero neta.

La retina vivaz del cerebro fantaseador contempla en odisea retrospectiva las bellas figuras desdibujadas, los tipos legendarios, la hechicería de lo trunco y lo borroso, de lo que huye del tacto, con admirado pasmo, con devoto respeto, como deben mirarse los seres impalpables que salen de la tumba para decirnos algo, para contarnos un secreto.

Acércate, Tradición, ponte tus arreos, viste la saya amplísima de seda, el zapatito de raso, la mantilla de blonda y háblanos con tu donaire y tu armonioso ceceo, de los tiempos que fueron, de las cosas que fueron, de los hombres que fueron. . .

Redivive sus gestas, cuéntanos sus avatares, la gracia donairosa de sus mujeres, el arte con que tallaron en piedra sus prolijos arabescos y repujaron a martillo sus altares de plata.

Háblanos de la fe voluptuosa, porque era devoción y era valentía, con que los alarifes castellanos lanzaron al espacio la rotundidad del cimborio, antesala del cielo, en que se apoya la escala misteriosa de Jacob, que atropellados suben los ángeles de la oración y presurosos bajan los ángeles del consuelo y de la gracia divina.



Cuéntanos el afán con que trajeron de su España gloriosa, todo cuanto tenían; cuéntanos el amor con que todo lo dieron: su sangre, su lengua, su religión, sus leyes, sus cabildos, su agricultura, su sistema de riego aprendido del morisco, quien tejió de arcaduces y canales, cubrió de fuentes y de albercas la Península.

El indio también entendía de canalizar y regar, el español siguió canalizando y regando. Construyó nuevos acueductos de piedra, anchos, profundos, capaces, que no permitían el desborde de las furiosas avenidas que a menudo se lanzan sobre la ciudad.

Construyó para el servicio de la población los tradicionales cajones y los chorros de Santa Catalina, San Agustín, del Sapo y muchos más; adornó de pilas las plazas, y en esas pilas corría y saltaba gozosa el agua cantarina en los días ordinarios, y en algunos de tabla, y en celebraciones reales, leche y miel para solaz de los vasallos del Rey.

Esos tiempos de antaño estampados están en la ciudad; plasmados con cariño por el español en cada una de sus piedras.

Quedaron en la tradición épica, en la leyenda, en la conceja popular, en el genio y supersticiones del pueblo, en sus modismos, en el gusto por las artes, que no desdice hasta hoy de la herencia inicial; en lo inextinguible de su ingenio travieso, en la belleza encantadora y delicada de sus mujeres, que llevan en el cerebro el fanal divino de la inteligencia y tienen el espíritu vivaz de la andaluza, su gracia, su euritmia, la réplica pronta, el epíteto rebosante de intención oportuna.

Tipos cruzan las calles, que bien pudieran servir de modelo a un pintor de costumbres españolas; hay figuras de Lavapiés por su insolencia y desparpajo y hasta Rinconetes y Cortadillos.

La capa española tercia con garbo su embozo sobre el pecho de próceres devotos y también en los hombros ágiles del universitario dinámico, reformista



y alguna vez algarero de la Central, antigua Universidad de Santo Tomás de Aquino.

¡Qué fuerte la pinta ibérica!

Quito sigue siendo española y colonial del calcañar al colodrillo, pese a la civilización moderna que se mete de rondón en estas breñas del Ande, y, a mucha honra y satisfacción de todos!

Los eslabones herrumbrosos de los siglos medios, deslizáronse en Quito, rudos e inquietos, entre el fragor del combate, los reveses y tajos del arma blanca, que nunca hería de recazo; el zaszás de la adarga homicida y cruel, el tronido del arcabuz, las devociones y la galantería con sus idilios, tragedias y leyendas.

Allí donde hay que realizar un imposible, allí el conquistador; allí donde hay que vengar alguna ofensa, allí el conquistador; allí donde se puede requebrar a una mujer, allí el conquistador; por ella mata, se condena, arrastra por el polvo los roeles del escudo que honraron cien generaciones!

¡Qué hombres aquellos!

Hombres que con naturalidad inexplicable, reunían en sí, todos los vicios, todas las crueldades, todas las excelsitudes y toda la sencillez del niño.

La Humanidad abrirá siempre la Historia, curiosa y encantada para buscarlos en sus páginas.

Vedlos, van a desfilan: Diego de Almagro, Sebastián de Benalcázar, Gonzalo Pizarro, Blasco Núñez de Vela; Cepeda y Ahumada a carrera tendida con el Estandarte Real desplegado, cruzando los ejidos de la Ciudad; Pedro de Puelles, otros, otros, y otros, en fila interminable, héroes fantásticos de la épica quitense!

Y cruza también la tapada un callejón obscuro.

La Viuda perfila su silueta sandunguera y diabólica, cimbrando el talle tentador, bajo el Arco tendido de Santo Domingo, en recluta de almas para su compadre Satanás.



Las ánimas del Purgatorio salen de cuando en cuando en largas procesiones devotas, ofreciendo ceras a los trasnochadores pecaminosos, ceras que al rayar el alba se transforman en tibias amarillas y polvorientas.

El ajusticiado horripilante tiende la mano para empuñar al transeunte nocherniego, al pie del rollo de piedra donde pagó sus crímenes. . .

Tómanse a brazos los espectros de los rivales, que batiéndose en duelo cayeron con el corazón partido por el odio, que sigue perdurando todavía.

Aún se ve fugaz al volver de una esquina o en el recodo de un sendero extramuro, volar la capa y balancearse el airón, sostenido por rica piocha de diamantes, sobre el romántico chambergo del conquistador amartelado y galán, que va tras la aventura, haciendo resonar las rodajas de oro de sus espolines, sobre la senda tortuosa.

Aún tiene su trigalito Fray Jodoco; aún se inclina sobre él manso y humilde, para echar la simiente en el surco; aún empuña la hoz para cortar la espiga miraculosa, germen de innúmeros trigales; aún susurran los cedros sobre su cabeza la canción de las hojas y la plegaria agradecida que el santo fraile manda al cielo, rebotante de gratitud, mojada en lágrimas de emoción infinita, al ver cuajado el grano redondo y duro como una bendición!

Así viven en la Quito colonial y legendaria los seres del pasado, aferrándose a los muros derruídos, cubiertos de verdín, a las capillas mortuorias, a los campanarios donde el chucshi lanza su graznido espeluznante y agorero.

Quito, la ciudad de las piedras labradas, pese a los cuatro siglos que han corrido desde su fundación, sigue y seguirá siendo, la ciudad colonial, la ciudad de la leyenda hispana, de la leyenda rutilante de los tesoros de Atahualpa.



\*  
\* \*

¡Salve Quito Salve!

Humboldt, Reiss, Stubel, Wimper, de pie sobre tus cimas miran y seguirán mirando sobrecogidos de pasmo, el milagro asombroso, el prodigio geológico que de un solo empuje estrelló la Tierra contra la bóveda celeste, levantando para tí el ponderoso plinto en que te asientas sobre lo primo de lo excelso; donde te arrebuja en el éter, donde el ala prócera del cóndor abre su flabel de rasos para sombra de tu rostro; donde la umbela de los cielos recamada de soles, despliega pomposa su anchurosidad turquí.

Una corte de cíclopes fantásticos, tu corte de vasallos gigantescos, tallados en granito, te hacen la guardia de honor, la más alta, encumbrada y maravillosa del planeta.

Cubierto de caprichosos yelmos y garzotas de nubes, sus agujas, su crestería soberbia rasgan el azul con sus cimeras atrevidas.

Calado hasta los ojos el capacete de nieve, dombos magníficos bajo el magnífico dombo de los cielos, allí se están avizorando el horizonte, alta la cabeza sublimes en su imponente actitud de espera: Pichincha, Corazón, Atacazo, Iliniza, Rumiñahui, Cotopaxi, Sincholagua, Antisana, Cayambe, Saraurco! ! ! Escolta real y excelsa de la excelsa Sultana de los Andes!

\*  
\* \*

Arriba el cielo cristalino, arriba el sol espléndido, cayendo a plomo sobre la tierra fecunda, que exhala la fragancia del surco, del germen que revienta, el almizcle acre del insecto que vuela fecundando la flor.



Arriba la línea vigorosa que limita las montañas, destacándolas sobre el añil del cálido horizonte, vestidas del pie a la cumbre de rasos y terciopelos, joyantes de estofas doradas por la espiga, salpicadas del ágave azulado, del arrayán frondoso.

En las cumbres del pajonal que ondula, la voz del cierzo andino que hace retumbar su quipa entre los riscos!

Abajo la niebla cándida, vistiendo amorosa con sus cendales transparentes, colinas y collados; el rocío del cielo tendiendo la hechicería de su ondulante vapor de plata sobre las florecillas de la grama en la llanura inmensa de los ejidos coloniales.

¡Salve Quito, paraíso florecido de retamas fragantes;

Palla gentil sentada en alcatifas orientales, donde se abre la flor de nieve y el cáliz inmaculado de la indiana aguacolla.

En tus cármenes encantados rojea la zagalita rústica, bordan sus primores los helechos, los heliotropos y los cactus.

Velos sagrados de la Hélade, gasas de amarillo triunfal tejidos de tus ñachas silvestres, estrellas temblorosas que llovieron por miriadas sobre tí, en el misterio de la noche, echando raíces en tu suelo generoso, tienden su gloria eglógica sobre tus campos risueños.

Un pentecostés de gloria, una pascua de color, una primavera perpetua aletea sobre tí, sembrando flores sobre tus prados y tus cimas, en el haz del calvero, en el fondo de las quebradas húmedas, en los barrancos, en la pared ruinoso, a la vera del sendero, al socaire del muro, en las hendiduras del tejado y el campanario del templo; en la linde misma de las nieves eternas!

Salve, Quito excelsa, salve cuna de santos! Entre tus blancas nieves, en tus praderas floridas abrió su cáliz de arminio la Azucena de Quito!



¡Salve cuna de libres, santuario de América, adoratorio de la Libertad, cuna egregia de Espejo, de Manuela Cañizares, de Manuelita Sáenz, la esposa morganática del Libertador, la salvadora del Libertador, la salvadora de la libertad de América!

¡Salve, Quito magnífica, cuna envidiada de sabios: de González Suárez, de Luis Felipe Borja!

Quito de los Caras, Quito de los Incas, Quito castellana, Corte de Huaina, capital fastuosa de Atahualpa, primogénita de la Libertad, suspendida como un astro en la mitad del Universo, ¿qué falta a tu belleza, qué le falta a tu gloria?

¡Nada! Los soles te coronan, la Cruz del Sur abre sus brazos amorosos, pasmada de admiración cuando te mira!

Princesa encantada por un brujo alquimista, estás contando estrellas en altísima cumbre y si te empinas tus dedos rozan las constelaciones: Leo, Virgo, Sagitario, el collar de brillantes que desgrana sobre tu cabeza todos los fulgores eternos de los astros.

¡Salve Quito, jalón divino que marcas la mitad del mundo y tienes por diadema de tu realeza la línea equinoccial, que los siglos sigan rodando sobre tí miríficos sin desflorar tu belleza, dorándote con mano eterna de la pátina sacra que el tiempo deposita sobre las obras peregrinas, consagradas por evos milenarios!

¡Salve, sultana de los Andes, Quito de los Shiris, Quito de los Incas, Quito castellana!

¡Salve, tres veces salve! . . .





# ✓ Eugenio Espejo

Quiteño de la Ilustración

PHILIP L. ASTUTO, PH. D.  
Profesor Asociado de Castellano  
Universidad de San Juan  
Nueva York.



COMO Edmund Burke, su contemporáneo anglo-irlandés, Espejo se sentía ciudadano del mundo, pero fué, al mismo tiempo, y por encima de todo, un patriota consciente de que “el suelo natal posee una dulzura más penetrante que la armonía del verso” y consideraba que el bienestar de la Patria y la solución de los problemas que la afectaban, debía preocupar intensamente a todo hombre de talento y de buena voluntad. Francisco Javier Eugenio de Santa Cruz y Espejo, es conocido en el mundo como patriota. Apenas hay estudiante que ignore el nombre de este reformador y precursor



de la Independencia de la América Hispana; y ¿quién no sabe que su efigie representa al Ecuador en la Galería de la Unión Panamericana en Washington? Sin embargo, las miles de referencias sobre Espejo en libros, artículos y discursos, han hecho de él, paradójicamente, “uno de los mitos ecuatorianos”. Excesivas generalizaciones y alabanzas han reducido a un héroe fascinante y lleno de vida a una sombra, que sólo presenta un vago parecido con la realidad histórica. ¿Es destino fatal de los grandes hombres ser objeto de alabanzas más que de estudios? Cuando desaparecen los contemporáneos y los que fueron testigos de sus vidas, los grandes héroes pierden, muchas veces, su identidad y son relegados al limbo histórico de los “padres de la patria.”

Es alentador leer que un escritor ecuatoriano contemporáneo ha pedido que se haga un estudio de la vida de Espejo y de sus obras literarias, a fin de contrarrestar “el tropicalismo intelectual: la admiración y el odio”; es decir, a fin de acabar con los mitos que oscurecen la verdadera visión del hombre y de su trayectoria.

Como los escritores ilustrados de Europa, Espejo fué un hombre culto que había leído mucho y que tenía muy variados intereses. Poseía aptitudes múltiples —era hombre de letras, médico, contribuyó a formar la opinión pública de su Patria, es decir, fué un prototipo de la ilustración. A pesar de que por su condición de mestizo, no tenía fácil acceso a los círculos más elevados y cultos, fué capaz de vencer la dificultad que ello significaba para su formación intelectual y llegó a ser uno de los hombres más cultivados de aquel exquisito siglo XVIII. Sus éxitos asombrosos, no llegaron sin embargo, a librarle de un cierto sentimiento de inferioridad que le convertía en un defensor hipersensitivo de causas difíciles. Cuando el lector se enfrasca en algunas de las páginas de Espejo, más tediosamente documentadas, tiene



casi la impresión de oírle exclamar: "¡No me llevéis la contraria, conozco el asunto a fondo!"

Aunque formaba parte de un mundo intelectual cosmopolita, muy diferente de la sociedad del Quito colonial, Espejo ansiaba poner sus conocimientos ilustrados y sus propias experiencias al servicio de sus conciudadanos. Sería ocioso especular sobre la originalidad de su reforma. Sin duda, muchas de sus opiniones sobre Economía, Política, Sociología y Medicina proceden de las obras de los sabios y filósofos de Europa y América, obras, debemos añadir, que no eran de fácil difusión en Quito. Espejo ha de ser juzgado no tanto por su originalidad como por su capacidad de proyectar reformas, inteligentemente adaptadas a circunstancias muy complejas y erizadas de dificultades.

El estudio de las reformas y mejoras que Espejo deseaba ver realizadas en Quito, su ciudad natal, nos permite apreciar la importancia histórica del escritor. En esta ocasión nos proponemos ofrecer un bosquejo de estas reformas que fueron de índole económica, educativa, científica y política.

Si atendemos en primer término a los proyectos de mejoras económicas, observamos que Feijóo, Quesnay, Adam Smith, y ciertos economistas españoles, tales como los Condes de Frondablanca, Campomanes y Jovellanos, contribuyeron a formar las ideas económicas de Espejo. Este último grupo de economistas no sólo se ocupó de reformas agrícolas proyectadas de acuerdo con principios fisiocráticos, sino que recomendó también que se diera auge a la industria. Imbuído de las ideas que le sugerían estos escritores, Espejo trató de fomentar la industria minera, de importancia primordial para la prosperidad de la Colonia. El lector moderno apreciará el valor que Espejo concedía al empleo del método más eficaz en la extracción de la plata y a la continua búsqueda de oro y plata, comparándolo con la preocupación



de nuestros hombres públicos contemporáneos por la investigación y la explotación de materiales atómicos. Espejo sugirió que se enviara a Quito hombres de ciencia europeos, peritos en ciencias naturales, en historia natural, en metalurgia, mecánica y química, a fin de que hallaran los tesoros subterráneos ocultos en las colonias. Una vez descubiertas las minas, habían de ser confiadas a los mismos técnicos, quienes habrían de enseñar a la gente del país los métodos más eficaces de explotación. Espejo se daba perfecta cuenta de que la llave de la prosperidad de España, se hallaba en las colonias de América, y estaba dispuesto a alentar y patrocinar las medidas que fuesen más apropiadas para favorecer estos fines. El interés con que propugnaba la mejora de los métodos de extracción de la plata, revela que conocía libros y revistas especializados en metalurgia. En su **Defensa de los Curas de Riobamba**, escrita en 1786, Espejo indica que conocía la presencia y el objetivo de la expedición científica de Juan José de Elhuyar, establecida en Nueva Granada en el año anterior y pide que científicos y técnicos europeos de igual preparación, sean enviados a la Presidencia de Quito, a fin de realizar el mismo trabajo.

Con el objeto de eliminar la indigencia, Espejo trata de otros problemas económicos que afligían a Quito. En su **Voto de un Ministro Togado de la Audiencia de Quito (1792)**, censura un informe en el cual se aconsejaba crear un monopolio de producción de quinina, con el doble objeto de impedir la total extinción del árbol de chinchona, única fuente de este producto, y de aumentar, al mismo tiempo, los ingresos del Tesoro Real, convirtiendo al Estado en exclusivo distribuidor de este alcaloide. Espejo advirtió certeramente que esta restricción real dejaría sin empleo a muchos trabajadores, quienes no podrían encontrar otra colocación, porque en Quito había notable escasez de industrias.



En su opinión, el medio más eficaz de fomentar la industria de la quinina, era designar mediante un real orden, personas competentes para que determinen el área específica en que debía cultivarse y talarse el árbol de la quina, que enseñasen a otros la técnica de cortar los árboles. Propuso, además, que se destinaran a la agricultura grandes extensiones de tierras vírgenes, encomendándolas al cuidado de personas jóvenes. En sus **Memorias sobre el corte de quinas** (1792), obra que trata del árbol de chinchona y de su producto la quinina, Espejo expone sus ideas sobre el Monopolio Real y sobre los problemas de empleo y conservación del árbol. Nuevamente expresa aquí opiniones contrarias a la creación del monopolio, pues considera que éste perjudicaría económicamente a ciertas provincias en las que tenía importancia vital la producción de quinina. Por otra parte, estos terrenos no se prestaban a ser utilizados de ningún otro modo; y además, las provincias en cuestión, estaban sujetas al monopolio del tabaco, que mermaba una fuente considerable de ingresos. Esta observación era muy justificada, pues, en su afán de incrementar los ingresos de la Corona el Rey había establecido excesivas restricciones y tasas en las Colonias. Según Espejo, el Monopolio público sobre la quinina, lejos de aumentar la producción y el total de las contribuciones, podría surtir el efecto contrario. Considera que el alza de precios podría dar lugar a que algunos compradores potenciales buscasen productos sucedáneos, reduciéndose de esta manera las ventas y disminuyendo con el tiempo la producción de la quinina.

Espejo propone a la Corona un programa de conservación como solución definitiva de la cuestión de la quinina. Según este programa, sólo debían talarse árboles en pleno desarrollo, y por cada uno que se cortase, debía plantarse otro. Este concepto de conservación había sido propugnado por el Conde



de Peñaflores y sus "Amigos del País", y posteriormente, por los Ministros Campomanes y Jovellanos. El informe de Espejo surtió el efecto de ilustrar a la Corona sobre las consecuencias que habría tenido la rígida imposición del monopolio en la Presidencia de Quito y sus alrededores.

No se detuvo aquí Espejo. A fin de acrecentar los recursos e ingresos, recomendó que se realizara una distribución de nuevas tierras con vista a fomentar la especialización regional. Por ejemplo, en La Habana y parte de Méjico, debería intensificarse la avicultura y la producción de cera e índigo; en Buenos Aires, la producción de cueros; en Chile, la de vinos y harinas; en el Cuzco, la de lana de vicuña; y en Quito, la ganadería y las industrias textiles de seda y lino. Espejo creía que las industrias de la lana, del lino y la seda, serían beneficiosas para Quito, pues proporcionarían trabajo al pueblo en sus diversas ramas, y al mismo tiempo, permitirían a la Corona incrementar el tráfico potencial con otros países. Espejo lamentó el hecho de que estas propuestas fueran rechazadas por consideraciones de tipo político y no por limitaciones científicas.

En el **Discurso dirigido a la ciudad de Quito** publicado en Santa Fé de Bogotá, en noviembre de 1789, propone Espejo insistentemente que se establezca una sociedad patriótica, con el fin de fomentar la industria local y la agricultura. Este gran Quiteño comprendió que el progreso requiere no sólo planes acertados y rectas intenciones, sino también dirección prudente y espíritu de sacrificio por parte de los hombres que colaboran en pro del bienestar del país. Su **Discurso** ha llegado hasta nosotros como testimonio de la penetrante visión que tenía de los problemas económicos, literarios y sociales de Quito. Pocos hombres habían presentado sus problemas y esperanzas de modo tan elocuente. El **Discurso** no ha perdido su encanto; está escrito con sencillez, claridad



y ese buen gusto que el autor estimaba tanto. Con razón puede decirse que “este Discurso es la mejor producción de la Literatura Quiteña en el siglo pasado (XVIII)”. En el **Discurso** se observa que Quito necesitaba de una organización tal: “nosotros estamos destituídos de educación; nos faltan los medios de prosperar; no nos mueven los estímulos del Honor, el buen gusto anda muy lejos de nosotros. . . ” y, en forma más contundente, el autor añade: “vivimos en la más grosera ignorancia, y la miseria más deplorable”. ¡Qué ignominia sería diagnosticar el mal, sin ponerle remedio, y dejar perecer a Quito! Espejo conmina a todos los quiteños a mejorar su suerte.

El bien común había de ser la meta de la Sociedad. Aludiendo claramente a organizaciones similares de Europa y de España, Espejo afirmó que la iniciativa de formar semejante Sociedad, no era invención de los quiteños sino que respondía a una idea común del mundo occidental. Si España había reconocido el valor y la utilidad de esta Sociedad y se había desprendido de su infantil vanidad, ¿por qué no había Quito de hacer lo mismo? Espejo recordó a sus conciudadanos que muchos europeos los consideraban “rústicos y feroces, montaraces e indolentes, estúpidos y negados a la cultura”. América y Quito poseían muchos hombres eminentes que el mundo debería conocer: Peralta, Figueroa, Maldonado, Villalobos, Miguel de Santiago; estos hombres debían ser los modelos que todos los quiteños se propusiesen imitar. ¡De ahí en adelante, Europa debía conocer la verdad!

Espejo pronosticó que la Sociedad sería imitada en las provincias vecinas; y que sería fuente de inspiración y modelo de empresas humanitarias y ejemplo excelso de todo lo quiteño. Concluyó su **Discurso** con esta frase emocionante: “Ya somos consocios, somos quiteños, entramos ya en la Escuela



de la Concordia, de nosotros renace la Patria, nosotros somos los árbitros de la felicidad.”

Su proyecto concebido en Santa Fé de Bogotá en 1789, se convirtió en una realidad, cuando la **Sociedad Patriótica de Amigos del País**, fué oficialmente inaugurada con gran pompa el 30 de Noviembre de 1791, en el antiguo Colegio de Padres Jesuítas. Con el tiempo, la Sociedad vino a menos a causa de su propia ligereza e indecisión. Sin embargo, dejó algo digno de mención: las **Primicias de la Cultura de Quito**, el primer periódico publicado en esta ciudad, editado por Espejo. A través de este periódico, el gran precursor pudo transmitir al pueblo de Quito ciertas ideas liberales que ya habían logrado mayor o menor difusión en otras partes de la América Hispana. En 1792, el Editor reimprimió el **Discurso**. En otros artículos se observa también un agudo espíritu de auto-crítica y análisis tan típico del siglo XVIII y leyéndolos, nos hacemos una idea muy clara de la vida en el Quito colonial, así como de su atraso y sus problemas.

La reforma de tipo económico constituye sólo una parte de las propuestas por Espejo, pues, según nos dice, había de ser acompañada por una campaña contra la ignorancia. La instrucción de la juventud adquiriría una nueva dimensión para los hombres de ilustración que se proponían formar ciudadanos de provecho, y no meros ornatos de la sociedad. De acuerdo con las opiniones de Locke, estos reformadores aspiraban a ver realizados en sus discípulos el ideal de “Mens sana in corpore sano” y fomentaban el libre desarrollo de las facultades más prometedoras de la persona. Las propuestas de Espejo eran nuevas en Quito, pero no eran originales como querían hacernos creer algunos eruditos, pues estas opiniones se hallaban influídas por las del jesuíta portugués Luis Antonio Verney, por las de Etienne Bonnot, de Condillac y por las de Charles Rollin, el sabio francés



que fué profesor del College Royal. El **Traité des Etudes** de este último ejerció profunda influencia sobre todas las obras de Espejo, como se puede apreciar leyendo un artículo sobre instrucción pública escrito en 1791 y destinado a informar y asesorar a los maestros de la escuela elemental; informe que fué alabado por el Obispo de Quito, Pérez Calama, e impreso en las **Primicias** en el año siguiente.

Espejo exhorta a los maestros a enseñar a los jóvenes que tienen a su cuidado todo aquello que pudieran asimilar, y a coronar su obra haciendo de ellos buenos cristianos. Como Rollin, Espejo creía que la educación de los niños debía ser obra de ternura. El sarcasmo, la severidad y la rigidez habían de desterrarse del aula. Un maestro afable, considerado y sonriente sería capaz de despertar en sus alumnos el deseo de aprender, y al mismo tiempo, se granjearía su respeto y afecto. Los castigos corporales debían abolirse, excepto para casos muy excepcionales. Ningún maestro lograría introducir conocimientos en una mente infantil a fuerza de golpes. El resentimiento y la rebeldía eran frutos inevitables de la violencia y en último término, el alumno educado con estos métodos resultaba una persona inútil e ignorante.

La instrucción pública debía contribuir a formar buenos ciudadanos. Argumentaba Espejo que la instrucción debía ser incumbencia de la Nación, por dos razones: forma el Estado y el Estado es formado por ella. Debía enterarse a los niños del tipo de gobierno que los regía, de quién era su soberano, y de lo que debía significar para ellos, así como de las funciones de los diversos Oficiales de la Colonia, y de los servicios sociales que existían en Quito. Espejo aconsejaba a los maestros que leyeran su periódico, **Primicias de la Cultura de Quito**, a sus alumnos una vez por semana, a fin de mantenerlos informados de lo que pasaba en la ciudad. Así se lograría formar un



conjunto de ciudadanos que se hallasen al tanto de la vida cotidiana.

El problema de ofrecer un programa de estudios adecuado a los nuevos tiempos, era de difícil solución. Anteriormente, Rollin había visto ya la necesidad de revisar radicalmente el programa universitario tradicional, que había sido establecido en un tiempo en que los estudiantes se preparaban, bien para el sacerdocio, ó para las profesiones docentes. Siguiendo a Rollin, Espejo propone que se sustituya el método anticuado de enseñar latín que exigía muchas horas de dedicación para el aprendizaje de esta disciplina, por un sistema más sencillo y más rápido. Añade que es imprescindible introducir en el programa el estudio de las lenguas modernas, la Historia Política de Europa, las Ciencias Naturales, la Física y las Matemáticas. En su **Nuevo Luciano** y en la **Ciencia Blancardina**, ya había aconsejado que se introdujera un curso de Filosofía Moral, que comenzaría estudiando a Grotius y a Pufendorff y la Ley Natural.

Espejo se demostró como hombre de su tiempo, al manifestar que la mujer era capaz de aprender, estudiar y captar las sutilezas de la ciencia. Al afirmar esto, Espejo no hacía más que corroborar la posición que habían adoptado Verney y Rollin, respecto a la educación de la mujer. Asegurando que las mujeres eran las maestras de la familia, Verney había recomendado, al trazar el programa de estudios para la mujer, que se enseñara a las alumnas a leer y escribir su lengua materna (el Portugués), y que estudiaran religión, Historia antigua y moderna, Geografía, Economía Doméstica y Medicina.

Si ciento sesenta y tres años después de su muerte, procedemos a examinar las propuestas de tipo científico que hace Espejo, nos hallamos con que las opiniones que expresa sobre enfermedades contagiosas, concuerdan con la práctica de la medicina moderna. El ameno tratado de Espejo sobre la viruela,



**Reflexiones sobre las viruelas** (1785), representa una contribución significativa para la Literatura médica, relativa al estado de la salud pública en la América Colonial. Al recomendar el uso de la vacuna y el aislamiento de las personas atacadas por enfermedades contagiosas, Espejo se adhiere a la teoría sostenida por Feijóo y otros escritores, pero hay que señalar que dichas medidas eran algo nuevo en Quito. Advirtió a los quiteños que la viruela se contraía mediante el contacto físico, no por contaminación del aire, observando que contribuían a las epidemias, como factores muy importantes, la putrefacción del aire causada por los hábitos anti-higiénicos de la gente y por los alimentos y bebidas poco sanos que se consumían en Quito. Cree que debe seguirse el consejo dado por Francisco Gil, eminente médico de la Corona, de adquirir una casa aislada de la ciudad y usarla como hospital para los enfermos contagiosos. La propuesta de Espejo era difícil de llevar a cabo en Quito, porque las múltiples epidemias de viruela, habían dado lugar a que cundiera en el pueblo un espíritu fatalista y letárgico y la gente se inclinaba a creer que estas plagas eran una manifestación de la ira de Dios.

Minaban la salud pública, no solamente las enfermedades contagiosas, sino también la actuación de los falsos médicos. Apoyándose en las ideas de Feijóo sobre la enseñanza y preparación de los médicos, Espejo atacó la forma cómo se practicaba la medicina en Quito. Denunció el hecho de que médicos incompetentes abusaran de un público inocente y observó con indignación que los falsos médicos "se oponen a la limpieza personal de Quito y por mejor decir, a la felicidad pública". Sostenía que un buen médico debía ser una persona inteligente con afición a la medicina; y que debía conocer el latín, el griego, el francés y saber lógica, retórica, matemáticas y física. La enseñanza médica era



deficiente. Faltaban en Quito escuelas públicas y hombres de ciencia con preparación adecuada en las ramas de la anatomía, de la disección, y de la anatomía comparada. No había por otra parte cátedra de Medicina. Además, perjudicaba a los jóvenes estudiantes de medicina la falta de un hospital grande, en el que pudieran hacer prácticas. Según Espejo, todos los médicos debían practicar la experimentación y observación a fin de aprender a diagnosticar y curar todas las enfermedades. Pidió al Cabildo que tratara de mejorar el estudio de la Medicina, escogiendo profesores competentes y estableciendo el requisito de que todos los médicos pasaran por un examen, antes de ser autorizados para ejercer su profesión.

No pasó desapercibida ni dejó de ser rebatida la crítica que hizo Espejo de los falsos médicos y del hospital de los padres Betlemitas, al que consideraba anticuado en sus métodos y deficiente en su administración, así como de la Escuela de Medicina de Quito (cuyo programa aconseja que sea totalmente revisado). En un acta fechada el 13 de diciembre de 1785, el Cabildo de Quito elogia a Espejo y le da las gracias por su trabajo, pero pide también que se supriman ciertas menciones peyorativas y sarcásticas sobre los Betlemitas, su hospital, y sobre los doctores Bernardo Delgado y Miguel Morán, citados en este opúsculo. Ignoramos si llegaron a suprimirse algunos pasajes del escrito, pero sabemos que Espejo mantuvo durante toda su vida, polémicas con los Betlemitas y con los médicos seculares de Quito. Muy consciente del efecto que habían de surtir en Quito sus censuras, Espejo dijo en **El Nuevo Luciano**, "Bien hecho de que algún Luciano diga estas verdades en su tono".

El desdén sarcástico que Espejo manifiesta hacia los falsos médicos, hace pensar en Valle Caviedes, Concolorcorvo, Peralta y Barnueva, Torres Villaroel, Quevedo y Luciano. Muchos de los argumentos de



Espejo en favor de las ciencias naturales y de la Medicina proceden de Feijóo y del "**Verdadeiro Método de estudiar**" de Verney. Al tratar de los diferentes problemas médicos, Espejo citó a hombres de ciencia tan sobresaliente como Boerhaave, Lister, Sydenham, Hoffman, Heister y otros. Aunque afirmó específicamente que había leído a Boerhaave, Heister y Hoffman, no podemos asegurar que Espejo los hubiera estudiado, ni siquiera poseyera ejemplares de sus libros en su biblioteca. No cabe duda de que Espejo hizo amplio uso de los ensayos de Feijóo sobre Medicina y problemas médicos, y de las **Mémoires** de la Academia Francesa de la Ciencia, en las cuales se habla de muchos hombres de ciencia notables en aquella época y de sus trabajos; y que leía periódicos y revistas que le mantenían al tanto de las novedades científicas que surgirían en Europa y en el Nuevo Mundo.

El atrevido innovador en materias de educación, periodismo, Medicina y Economía, no fué menos atrevido y no mostró menos imaginación en sus teorías Políticas. Espejo trató de la emancipación política, no sólo de la Presidencia de Quito, sino también de toda Hispano América. Una vez liberadas del poder de España, estas regiones se convertirían en Naciones independientes "bajo la forma de gobierno republicano-democrático". Por su alcance y su extensión, el plan de Espejo era original, aunque indudablemente, se hallaba influido por la revolución de las colonias inglesas de Norte América y por el éxito de la Revolución Francesa. Por la complejidad e importancia que tenía este proyecto, se limitó a comunicárselo a unas cuantas personas que eran íntimos amigos que se interesaban en la emancipación y el bienestar de Quito y de la América Hispana. Es realmente sorprendente que Espejo, quiteño del siglo XVIII, que contaba con escasas oportunidades de ampliar sus estudios y no tenía comunicación directa



con ningún personaje importante de Europa y de América, concibiera un plan en el que no sólo se pensaba en el futuro de todas las colonias del Nuevo mundo, sino que también se proponía reformas sociales fundamentales, cuyos resultados permanentes serían apreciados después de la revolución. El plan estaba bien concebido. Proyectaba rebeliones simultáneas en todos los Virreinos y Audiencias que debían unirse para defenderse mutuamente contra el poder de la Madre Patria.

La amarga crítica que Espejo hizo de los Oficiales coloniales, mediante el pasquín y sus diversos trabajos, dieron lugar a que fuera temido y odiado. A pesar del anonimato, era evidente que estas mal veladas acusaciones públicas delataban a Espejo. Las autoridades le miraban con suspicacia desde antes de 1779, pero no le arrestaron hasta 1787. Como consecuencia de esto, Espejo se trasladó a Santa Fé de Bogotá a defenderse ante el Virrey. Mientras se hallaba en la capital Virreynal, Espejo entabló conversaciones con Antonio Nariño y Francisco Antonio Zea. Según González Suárez (cuyas investigaciones han contribuido a esclarecer la trayectoria de Espejo), este encuentro fué providencial, pues dió nuevo ímpetu a los proyectos de la eventual emancipación de toda Hispano América. Al regresar a Quito, Espejo continuó propagando muy activamente sus ideas de emancipación, si bien ahora lo hizo con mayor reserva y sigilo.

Espejo murió prematuramente en diciembre de 1795, sin dejar sucesores; pero había tenido tres amigos íntimos y confidentes: el Marqués de Selva Alegre, Juan de Dios Morales y Juan de Salinas. En una carta escrita desde Guayaquil el 17 de noviembre de 1810, dirigida al Secretario de Estado en el Despacho Universal y en la cual trata de explicar las causas de la rebelión de Quito, de 10 de agosto de 1809, el Presidente Molina afirma que el Marqués de



Selva Alegre y su familia se habían hecho portavoces del plan de sedición de un quiteño llamado Espejo, que había muerto unos años antes. Las palabras de Espejo habían sido, pues, recogidas por jóvenes patriotas. "El porvenir estaba, por lo mismo, preparado y la época colonial no tardaría en llegar a su término."

Las ideas políticas y religiosas de Espejo, reflejan una profunda comprensión de los problemas coloniales. Los americanos debían ser los únicos que participaran en el nuevo gobierno; cada colonia o región convertida en República había de ser gobernada por personas nacidas en ella. En cuanto a los extranjeros, Espejo no era partidario de expulsarlos, pero sí de autorizar, a los que así lo desearan, volver a España. No obstante, los extranjeros, y especialmente los españoles, no debían ocupar cargo público alguno ni ejercer influencia en el Gobierno. Las ideas religiosas de Espejo son aún más sorprendentes. Creía que todo sacerdote, regular y seglar, debía ser natural del país en que servía y, en ningún caso, extranjero. Lamentaba la relajación de las comunidades religiosas, y atribuía este estado, en gran medida, a la acumulación de riqueza. Las comunidades religiosas debían conservar únicamente los bienes que les fuesen necesarios; los restantes deberían ser empleados en empresas útiles, determinadas por el Vicario de Roma. La reforma religiosa era esencial, pero consideraba que debía ser realizada por las autoridades religiosas a petición del Gobierno civil. De esta manera, se mantendría la supremacía papal y se respetaría la autoridad eclesiástica, idea que resulta excepcional entre los reformadores sociales del siglo XVIII en América.

Espejo estaba convencido de que sus grandiosos y atrevidos planes de emancipación de la colonia no podrían llevarse a la práctica con éxito, a menos que se tomaran ciertas precauciones, eran esenciales el



secreto y la sorpresa, si es que habrían de tener lugar rebeliones simultáneas en el mundo colonial. No ha sido posible determinar hasta hoy el número de contactos que estableció en las diversas ciudades sudamericanas. Estudiando las investigaciones que mandó llevar a cabo el Presidente Muñoz de Guzmán en 1795, se puede deducir que muchas personas de diversas partes del Virreinato de Nueva Granada y acaso de otros lugares, habían prometido apoyar el atrevido plan de Espejo. El Fiscal alegaba que no se podía formar causa completa, sin verificar lo que ocurría en las distintas partes del Virreinato de Nueva Granada. Estos patriotas de la independencia americana cuidaban en lo posible de no dejar huella. Como consecuencia de esto, faltan documentos importantes para estudiar la historia ecuatoriana de este trascendental período.

La idea, o más bien el deseo de la independencia no era nuevo en Quito; se manifiesta simultáneamente en todas partes de Hispano América. Más pronto o más tarde, cada región se vió afectada por este deseo en forma peculiar. Aunque fueron anteriores los conatos de revolución en Charcas (mayo de 1809) y en La Paz (julio de 1809), ninguna de estas revueltas pone de manifiesto la preparación, la difusión y el estudio que hallamos en la de Quito. La revuelta de Quito fué el primer esfuerzo serio que realizaron los hispano americanos en pro de su independencia. Así, aunque los discípulos de Espejo fueron ejecutados o dispersados, su patriotismo, sus sacrificios y su ejemplo dieron fruto abundante y fecundo en la América Hispánica.

El hecho de que Eugenio Espejo debiese a los filósofos y a los sabios europeos la inspiración de gran parte de sus proyectos, no merma su genio ni su grandeza. Qué fácil es afirmar hoy en día, cuando los principios que defendió han sido universalmente adoptados y se han convertido en tesis, que la visión



de este precursor quiteño era limitada. Nos parece razonable, desde nuestro punto de vista del siglo XX, reconocer que fueron innovaciones verdaderamente atrevidas e imaginativas en aquella remota posesión española.

Dos aspectos del pensamiento de Espejo sobresalen extraordinariamente. En primer lugar, sus proyectos de reformas y sus planes de independencia abarcaban no sólo a su amada Patria, sino a toda Hispano América. Aunque Espejo no recogió el fruto de la semilla por él plantada, ésta floreció más tarde espléndidamente en el movimiento por la independencia y ha sido una de las fuentes de inspiración del idealismo Hispano Americano. En segundo lugar, y esto aparece aún más notable, Espejo no abrigaba el proyecto de crear una sociedad enteramente nueva. Hubiera sido comprensible que un mestizo sensitivo, a quien se negaba entrada en los círculos influyentes, se hubiera propuesto echar abajo los cimientos de la estructura social y religiosa. Pero sus reformas tendían a fortalecer el orden social y religioso existente. En suma, sus proyectos demuestran su moderación (pese a ciertas expansiones retóricas), y dan testimonio de su grandeza.





# Quito en la Historia Ecuatoriana

Carlos Manuel Larrea.

De la Academia Nacional de Historia.



A Y una predestinación para los pueblos, como la hay para los hombres. Al recorrer la Historia se contempla que en cada época, dos o tres naciones se han disputado la hegemonía y preeminencia en el mundo. A través de los siglos siempre ha habido pueblos predestinados para ir a la cabeza en la marcha de la civilización y jugar un papel sobresaliente y destacado en el desarrollo de los acontecimientos humanos. Ley de todo cuanto vive es la evolución: principia en el germen o en el embrión y la cuna y termina, aparentemente al menos, con la muerte. En la vida de los pueblos el proceso es análogo: nacen y van creciendo hasta llegar a un completo desarrollo; sufren vicisitudes que les afectan como al organismo humano, enfermedades y accidentes; llega la inevi-



table decadencia; las ruinas y los restos arqueológicos probándonos están que también para los pueblos y las civilizaciones hay la muerte.

La vida de los pueblos y el destino de las naciones es, como la vida de los hombres, igual en ciertos aspectos y bien diferente en muchos otros. Hay pueblos predestinados para grandes sucesos, mientras otros apenas dejan tras de sí, rastro en la historia. La vida de unos es larga y gloriosa, al paso que la de otros es efímera y oscura.

Dentro de cada nación hay también un destino para las ciudades; y lo que hemos dicho de los pueblos, puede igualmente afirmarse de los núcleos de convivencia humana, de los centros de vida social y política. La predestinación histórica de algunas ciudades es un hecho innegable, y en todos los tiempos han existido urbes que como astros de primera magnitud han irradiado poderosa luz durante largas centurias, y ciudades que sólo han tenido destellos momentáneos. Nínive, Babilonia, Tiro, y Cartago; Ahmedabad en la India, Abydos, Menfis, Tebas y Alejandría, Esparta y Atenas, Roma y Bizancio —para no citar sino ciudades del mundo antiguo— son ejemplo de urbes predestinadas a gran figuración en la Historia.

¿Obedece esta Preeminencia al acaso? El desarrollo de una ciudad hasta convertirse en foco de cultura y centro de actividades y riquezas, ¿será obra de la casualidad únicamente? No por cierto. Ni el acaso ni el capricho de los hombres pueden fijar el destino de un pueblo o de una ciudad. Múltiples factores lo determinan, y en ellos deben buscar el historiador y el filósofo la explicación de no pocos acontecimientos.

Dos son los factores cuya influencia en la historia suele ser decisiva: el factor geográfico y el factor étnico. Estos determinan principalmente los destinos de una ciudad, de una nación o de un pueblo.



Circunscribiéndonos a la importancia de tales elementos en relación con el desarrollo de las ciudades, es indudable que las condiciones geográficas y topográficas del lugar en donde se hallan asentadas juegan un papel preponderante.

Pureza del cielo y limpidez de la atmósfera; belleza del horizonte, clima primaveral, sano y agradable; fertilidad de las tierras circundantes, extensión de bosques y praderas en los alrededores; abundancia de agua, son otros tantos elementos naturales que influyeron, sin duda alguna, para que la fundación de Quito se efectuara en el lugar privilegiado que ocupa. Estos factores y su situación respecto a los pueblos circunvecinos, han influido grandemente en su desarrollo y contribuido a que esta ciudad sea, en todos los tiempos, la primera de toda la comarca.

Otro factor trascendental en la historia de un pueblo o de una ciudad, es el étnico. En las características de la población autóctona, en las diversas corrientes migratorias que han sobrevenido, en la proporción del cruzamiento de razas se encuentra la clave de las modalidades de los habitantes de una ciudad. Como el atavismo explica muchos rasgos físicos y morales del individuo en las raíces étnicas y en los sucesos históricos remotos se puede hallar la explicación de la fisonomía de un pueblo, de sus características esenciales, de lo que pudiera llamarse su personalidad propia. De allí la importancia de los estudios etnológicos e históricos para todo el que se ocupe de cuestiones sociales, para el estadista y para el político que quiera enderezar los rumbos de la nación hacia un fin determinado o pretenda acelerar el ritmo del progreso hacia la meta señalada por la Providencia, mediante los factores geográficos y étnicos, en los destinos de un pueblo.

Pueblos que olvidan su pasado, que arrancan como inútil bagatela toda tradición y recuerdo, y



quieren vivir sólo en la hora presente, son como árbol sin raíces, que no podrá conservar largo tiempo sus verdes hojas sin que se marchiten y mueran, ni menos podrá florecer y dar frutos regalados. Hay que mirar, pues, al pasado e inquirir allí las causas del estado presente.

Al conjunto de factores geográficos y étnicos debe pues, Quito su preeminente lugar en la historia ecuatoriana. Ellos revelan la causa por la que esta Ciudad fué siempre el centro de la vida y desenvolvimiento político de la nación. Desde remotas edades, Quito ha sido como el corazón de la Patria, donde afluyen y refluyen las corrientes vivificadoras de todo el país, y como el cerebro que preside y regula todos los grandes movimientos, comunicando esa fisonomía y personalidad propias, de que hemos hablado, a este grupo humano y entidad política que hoy se llama Ecuador.

\*

\* \*

Quito es una ciudad de viejo abolengo. La Arqueología y la Lingüística prestan argumentos para asegurar que Quito ha existido desde época remotísima. Acaso no fué, como posteriormente, en los tiempos de Huaynacápac y de Atahualpa, el núcleo más importante de población en estas fértiles y risueñas comarcas; pero es indudable que en los alrededores mismos de lo que hoy es nuestra Capital, existieron grupos importantes de población en tiempos antiquísimos.

Los restos arqueológicos extraídos de los sepulcros aborígenes en Chaupicruz, revelan una gran antigüedad. Las sepulturas mismas en pozos profundos; la cerámica de formas sencillas —globulares, elípticas y trípodas—; la carencia de ornamentación o lo primitivo de ella; la profusión de fragmentos de



utensilios, de trozos de obsidiana y piedras estalladas, indican una población numerosa y antigua. También por el Sur de la ciudad se hallan restos abundantes de alfarería aborígen. Si en la ciudad misma no encontramos sino restos de civilizaciones más modernas, —como las ricas prendas de oro halladas en Ichimbía— acaso se deba a lo mucho que aquí se ha removido el suelo, desde hace varios siglos, y, sobre todo, a la especial topografía del terreno.

Los movimientos migratorios trajeron, en diversas épocas, oleadas de otras culturas que vinieron a superponerse a la población primitiva. Del Norte avanzaron hasta los Valles cercanos a Quito, los constructores de tolas, montículos artificiales semejantes a los que se hallan en Missisipí y el Ohio en en los Estados Unidos; mientras del Sur llegaron pueblos de una cultura diferente. Por las hoyas de los grandes ríos occidentales —el Guayllabamba y el Blanco— cuenta la tradición que ascendieron, hasta el altiplano quitense, inmigrantes extranjeros que habían llegado a las costas de Manabí y de la actual Provincia de Esmeraldas.

Transmontando la cordillera por esos mismos pasos que hoy son el camino más corto a las fuentes del Maspa, el Coca y el Napo, también habían venido hombres del Oriente.

Sitio de convergencia de corrientes migratorias, aquí se fundieron, quizás, en remotísimas épocas de la prehistoria, las culturas que venían desde las lejanas altiplanicies del Anahuac y las tierras en donde florecieron las grandes civilizaciones Mayas, desde las llanuras y los valles de chibchas y quimbayas, con las misteriosas civilizaciones tihuanacotas y nazcas. Quito fué, pues, desde los más remotos períodos de la prehistoria americana, un centro, una encrucijada de caminos culturales, un lugar predestinado para ser asiento de una civilización y núcleo de una nacionalidad.



En efecto, la tradición nos habla del gran Reino de los Quitus y de los Shiris. En aquellas legendarias reminiscencias no todo es fantasía. La ciencia, acaso, llegará a descorrer algún día el velo que cubre los orígenes de este pueblo predestinado a grandes cosas. Rechazar en absoluto los relatos de nuestro primer historiador, el Padre Juan de Velasco, es temeridad que no se compadece con la discreción y prudencia que deben presidir en toda investigación científica. Aceptarlos totalmente, a ciegas, tampoco puede la crítica severa. Las exploraciones arqueológicas, los estudios lingüísticos sobre el antiguo Reino de Quito, aún son muy rudimentarios para que autoricen a condenar como fábulas todo cuanto el ilustre Jesuíta recopiló de viejos escritos y de la tradición entonces todavía viviente. ¿Por qué contradecir, con pruebas deficientes, una tradición magnífica, por el sólo hecho de revelarnos la grandeza y poderío del antiguo Reino de Quito? Cada día la ciencia descubre en lugares hoy desiertos de la Caldea o del Egipto, insospechadas grandezas que apenas dejaba vislumbrar una tradición casi perdida.

La conquista del Reino de Quito por los Incas, es una de las páginas más interesantes de la protohistoria americana.

La influencia del gran Imperio del Sur debió ser muy débil en Quito, hasta que los soberanos del Cuzco emprendieron en la conquista de las tierras situadas al Norte de Chinchasuyu. La arqueología nos proporciona datos para juzgar que la expansión de los Incas hacia el Norte, fué violenta en extremo: La uniformidad de las formas y decoraciones, la pureza en el estilo de los objetos de cerámica incaica, prueban que esa cultura ni había ido infiltrándose poco a poco, ni era de muy antigua data en este país. En efecto, no se observa salvo raras excepciones —la evolución del arte por las influencias aborígenes, como se ve en Calchaquí por ejemplo; ni se encuentra como en otra



parte hemos anotado— la adaptación del decorado de la cerámica peruana para los vasos y otros objetos de Quito; ni se halla tampoco, sino esporádicamente, la apropiación de las decoraciones de estos, para ornamentar las formas características del Cuzco.

Tupac-Yupanqui envió desde el Cuzco un ejército de “más de doscientos mil hombres, con tan gran bagaje que enchían los campos”, al decir de Cieza de León. Sangrientos combates con los aborígenes tuvieron que librar los ejércitos invasores desde las aguerridas provincias de los Cañaris, hasta llegar a Quito. “Más de quince mil hombres con sus mujeres y el Señor Principal dellos” —según relata Cieza— fueron arrancados de la tierra Cañari y llevados al Cuzco. Después de grandes y prolongados esfuerzos, los guerreros incaicos lograron dominar a Quito. El Inca, —dice el referido cronista— pareciéndole bien aquella tierra, y que era tan buena como el Cuzco, hizo allí fundación de la población que hubo, a quien llamó Quito y poblóla de mitimaes, y hizo hacer grandes cavas y edificios y depósitos diciendo “El Cuzco ha de ser por una parte cabeza y amparo de mi gran reino, por otra ha de ser el Quito”. Junto a la población aborígen, situada probablemente en la parte septentrional, comenzaron, pues, a levantarse los barrios de mitimaes cuzqueños, los templos y palacios mandados construir por el Inca, y los pucaraes o fortalezas para la defensa del territorio.

Tupac-Yupanqui se vió obligado a reconquistar Quito, años más tarde de haberlo subyugado Huaynacapac consolidó las conquistas de su padre. Apreciando la ventajosa posición estratégica de Quito, hizo levantar nuevas fortalezas como la de Guanguiltagua, en una de las pendientes más ásperas, que, avanzando sobre el pueblo de Guápulo, es como una atalaya que domina los valles de Cumbayá y Tumbaco. Montesinos dice que Huaynacapac “edificó varios palacios, repartió los barrios, dió nombre a los cerros



de los alrededores. . . . . y en todo procuró asemejarla a la ciudad del Cuzco”, que era la ciudad sagrada del Imperio. Y Cieza de León en su obra “Del señorío de los Incas” dice: “aun del Cuzco mandó llevar piedras y lozas para edificios del Quito, que hoy día tienen en los edificios que las pusieron” . . . “Mandó que en el Quito se hiciesen más aposentos y más fuertes de los que había; y púsose luego por obra, y fueron hechos los que los nuestros (los españoles) hallaron cuando aquella tierra ganaron”. Con los nuevos palacios, templos y monasterios de vírgenes consagradas al Sol, Quito se convirtió en una de las principales ciudades del Tahuantinsuyo. El príncipe de nuestros historiadores, Ilustrísimo González Suárez dice que: “de las dos ciudades más célebres de su inmenso imperio, Huayna-Capac había preferido a Quito y hecho de ella su residencia ordinaria, por casi treinta años continuos, hermoseándola con edificios suntuosos, según el gusto y usanza de los Incas. Quito había, pues, venido a ser, en los últimos años de la vida de Huayna-Cápac, la verdadera Corte del Imperio”. Según Cobo, fué tanto el amor que el Inca llegó a tener a Quito, que a su muerte, ordenó que antes de llevar su cuerpo al Cuzco para ponerlo en las huacas, junto a los de sus mayores, le sacaran el corazón que deseaba quedara siempre aquí.

Dividido el Imperio a la muerte de Huayna-Cápac, su hijo y sucesor Atahualpa, hizo de Quito la Capital de su extensa monarquía y, según viejas crónicas, ensanchó y embelleció la ciudad, en la que había nacido, según afirman varios cronistas, con grandes construcciones y acumuló en templos, palacios y casas de placer, incalculables riquezas.

\*

\* \*

Las primeras tierras con que tropezaron los audaces descubridores que partieron de Panamá hacia



el Sur, en busca del país del oro, cuya fama llegará hasta el Darién, fueron las tierras ecuatoriales. Creación de la fantasía parece la épica jornada y la escena de los Trece en la Isla del Gallo, es digna de ser cantada por Homero.

Desde Túmbez, en el extremo meridional de la costa ecuatoriana, emprendieron Pizarro y sus tenientes en la conquista del Imperio Incaico. No es nuestro propósito relatar las jornadas de epopeya de los Conquistadores; de esos hombres de leyenda, que atravesaron el Océano en busca de un mundo nuevo, atraídos por el misterio de lo desconocido, impulsados no sólo por la sed del oro, sino también por la ambición de renombre y gloria; de ese puñado de héroes de aventureros intrépidos, que soportando el hambre y el frío, cruzando la maraña de los bosques y la soledad misteriosa de los páramos; desafiando las enfermedades y las plagas, las asechanzas y las flechas envenenadas de los indios, se internan en el suelo americano, llenos de fe y coraje para derribar al golpe de su espada el majestuoso Imperio de los Hijos del Sol.

Los Conquistadores! Aquellos hombres de temple de acero, que confiándose a débiles embarcaciones salieron del Istmo sigilosamente para surcar las aguas descubiertas por Balboa, rumbo a las incógnitas regiones del Sur, en cuyo cielo brillaban estrellas nunca vistas por los nautas, son los que, con audacia incomparable, han puesto su mano sobre la persona sagrada del Monarca quiteño, han dispersado sus huestes innumerables, y que después de consumir la sombría tragedia de Cajamarca, han trepado hasta los riscos de la Cordillera.

Tierras desconocidas y pueblos extraños han tenido que cruzar para venir a plantar sus tiendas al pie del gigantesco Chimborazo. Torrentes impetuosos han tenido que vadear y se han internado por desfiladeros pavorosos para trepar hasta la fría



átiplanicie. La fama de las riquezas del Reino de Quito, les ha hecho volver las espaldas a los barquichuelos que, frágiles, eran no obstante un refugio seguro contra los ataques enemigos y una posibilidad de volver a reunirse con los hombres de su raza y de su lengua. El renombre del fantástico país de los Quitus, les atraía como imán poderoso, y seguían adelante, por senderos nunca antes hollados por plantas europeas, afrontando todas las eventualidades y peligros, con valor temerario.

La misma fama del opulento Reino de Quito atrajo también, desde las lejanas tierras de Guatemala, al célebre Conquistador Don Pedro de Alvarado. El Mariscal Don Diego de Almagro y otros compañeros de Pizarro, para tener un título jurídico sobre las tierras recién descubiertas e impedir que otros capitanes quisieran partir con ellos esos dominios y la fortuna que esperaban hallar en las incógnitas regiones de los Andes, en la famosa Quito, desde donde habían ido a Cajamarca gran parte de los inmensos tesoros mandados traer por el desgraciado Inca, para su rescate, resolvieron tomar posesión del Reino, fundando en nombre del Monarca español, según era costumbre, la ciudad que andando los tiempos llegaría a ser la Capital de nuestra República.

Mas, esta fundación, hecha de prisa, el 28 de Agosto de 1534, en el valle de Zicalpa y Cajabamba, debía llevarse a cabo "en el sitio y asiento donde está el pueblo que en lengua de indios se llama Quito", como consta en el Acta de fundación de la Villa de San Francisco. El 6 de Diciembre del mismo año se hizo efectiva dicha fundación, se asentaron en otra Acta solemne los nombres de los primeros vecinos españoles de la ciudad, y el Capitán General Sebastián de Benalcázar, en nombre del Rey de España y Emperador de Alemania, Carlos V, y del Gobernador y Capitán General del Perú, Francisco Pizarro, dió posesión a sus primeras autoridades.



Así nació la ciudad española de San Francisco de Quito, sobre los restos de la opulenta Capital del Imperio de Atahualpa, incendiada por sus propios ejércitos antes de que cayera en manos del Conquistador; y en el mismo lugar en donde existiera desde remotísimas edades, la importante población de los Quitus y los Caras. Hace cuatrocientos años se verificó, pues, uno de los acontecimientos más trascendentales de nuestra historia: La fundación de la ciudad castellana sobre las ruinas de la ciudad antigua; el establecimiento definitivo de la nueva civilización, en la misma Capital septentrional de la Monarquía incaica; el nacimiento de la ciudad cristiana sobre los conmovidos fundamentos del Imperio de los Hijos del Sol; el arraigo de la cultura europea en esta porción del suelo americano y el principio de otra Era en nuestra historia.

Lugar estratégico, naturalmente defendido por las quiebras profundas que, a manera de fosos, cortaban las faldas del Pichincha, que inclinadas en suave declive, veíanse libres del estancamiento de las aguas; y fortificado por los pucaráes de los Incas, presentábase Quito como el sitio más adecuado para la seguridad del pequeño grupo de españoles, que se había aventurado entre las numerosas turbas de enemigos y a quienes las tropas de Rumiñahui y Zopozopangui amagaban continuamente. Lugar delicioso por el clima, dulce y salutífero de perpetua primavera; abrigado de los vientos por las colinas circundantes, desde las cuales centinelas podían atalayar un horizonte muy extenso, ofrecía Quito, para la población de entonces, ventajas que no hubiese podido encontrar en los valles vecinos. Una hermosa cascada de agua pura y abundante se precipita de la montaña y, por acueductos de piedra, llega el caudal necesario hasta el lugar en donde se levantan los muros del palacio y las casas de placer de Atahualpa. Al Norte y al Sur de la hoyada en que



se asienta la población se extienden hermosas llanuras de tierra fértil, cubiertas de prados y sembríos de los aborígenes, apropiadas para el despliegue de la caballería, la fuerza más importante del pequeño ejército castellano. Una bella laguna—hoy desecada— bordea por el Norte el Valle de Añaquito. Sobre las colinas Yavirac y Carmenga, se elevaban las ruinas de los templos del Sol y de la Luna que podían servir de observatorios de los movimientos enemigos. Bosques seculares cubren los flancos de la montaña, y en una de sus quiebras, enorme cantera proporciona precioso material para las construcciones. Por otra parte, la antigua Capital del Imperio de Atahualpa está situada en el cruce de caminos que llevan a las provincias de los Caranquis y de los Imbayas, por un lado, de los Llactacungas y Panzaleos; de los Yumbos y Colorados, por otros. “Así es como el ojo perspicaz del Conquistador —dice el sabio polígrafo Crespo Toral— eligió para núcleo central Quito, consultando la situación, las distancias, la grosura del suelo, la benignidad del clima, las posibilidades de defensa contra los aguerridos naturales y la previsión del avance oriental hacia el Dorado tentador.”

Y Quito fué, efectivamente, el centro de donde partieron las expediciones asombrosas de Benalcázar hacia el Norte, de Gonzalo Pizarro hacia el Oriente, de Alonso de Hernández, por Calacalí y Nono, a la tierra Occidental de los Yumbos, de Pedro de Puelles, a conquistar las tribus de Lita, Quilca y Caguasquí y de Diego de Bazán al descubrimiento de la provincia de las Esmeraldas.

De Quito salen, en busca del Dorado, los descubridores de los valles del Cauca y del Alto Magdalena. Desde aquí van hacia Oriente los intrépidos exploradores del País de la Canela y de las aguerridas Amazonas, para internarse en la selvas y descubrir sus ríos inmensos y conquistar esas



tierras que al Gobierno de Quito pertenecieron por el primordial de los derechos. Y a Quito vuelven, cargados de riquezas o desilucionados, esos hombres que con su audacia, su energía y esfuerzo, van tomando posesión de los vastos territorios del Reino y ensanchando los dominios de Su Majestad Católica.

Quito, ocupa, pues, lugar preeminente en la historia de los acontecimientos que tuvieron lugar en América, durante la época del Descubrimiento y la Conquista.

\*

\* \*

Quito, durante la época colonial, si bien no fué la sede de los Gobiernos Virreinales, fué siempre una de las más célebres, populosas y ricas ciudades de los inmensos dominios hispanos en América. Cuando Buenos Aires era apenas como una Aldea; cuando Santiago de Chile era pueblo insignificante, Quito era ya ciudad notable por muchos respectos. Desde 1541 ostentaba el título y los privilegios de Ciudad, concedidos por el Emperador Carlos V, quien la dió también Escudo de Armas y la honró, poco más tarde, con los títulos de **Muy Noble y Muy Leal**; y Felipe II, por Cédula de 29 de Agosto de 1563, ordenó el establecimiento de la Real Audiencia, cuyo distrito comprendía, por el Norte hasta Buenaventura y por el Sur hasta Paita, teniendo bajo su jurisdicción, entre otras varias ciudades, a Popayán, Buga, Cali, Pasto. Quito, durante la Colonia, fué un gran centro religioso y político, intelectual y artístico, de industria y de comercio.

Desde la fundación española de Quito, hace cuatro siglos, fue la traza que los Conquistadores hicieron, por entre las ruinas de la Capital incásica, la de una ciudad monumental. Las primeras edificaciones que empezaron a levantarse, labradas con la



hermosa piedra de las canteras del Pichincha, fueron templos y monasterios de proporciones grandiosas. Templos maravillosos, joyas de la arquitectura española ejecutadas por la mano hábil y paciente de los indios. El gran Arquitecto del Escorial, Juan de Herrera y Gutiérrez de la Vega, trazó los planos del atrio, fachada y coro de San Francisco, la primera gran iglesia iniciada por el Fraile Flamenco que fundó también la primera escuela para indígenas y sembró el primer trigo en nuestra tierra. Cuán merecido es el monumento que a instancias nuestras, se levanta en la plaza de San Francisco, para perpetuar la egregia figura de Fray Jodoco Ricke.

Soberbios claustros de piedra con atesonados de madera primorosamente labrada, retablos magníficos, en que el churrigueresco recarga su opulencia con motivos aborígenes; casas solariegas de recia construcción y noble sencillez arquitectónica, se van levantando en las faldas del Pichincha, cuyos bosques de cedros y otros árboles seculares, proporcionan las maderas preciosas para la edificación, la talla y el mueblaje. Sobre las profundas quebradas que cruzan la ciudad y la defienden, sobre ciclópeos fundamentos, se fabrican numerosos puentes de arquería que le dan un aspecto típico; las cúpulas de las iglesias y capillas recortan en el purísimo azul del cielo sus curvas elegantes y atrevidas, y esbeltas torres la decoran y embellecen. Casas severas, con amplios salones, se destinan para la Real Audiencia y el Cabildo. Hermosas pilas de piedra, que se ostentan en las plazas principales, surten de agua cristalina al vecindario; y en las fértiles llanuras de los alrededores, pacen numerosos hatos de ganados.

En pocos años la población española de la nueva ciudad creció considerablemente, “pues la fama de su clima suave y benigno, —dice González Suárez— de su hermosa campiña y fértiles terrenos atraía vecinos y moradores, que llegaban a Quito de lejanas



distancias. Entre los que acudían a vivir en la recién fundada ciudad vinieron también, en diversos tiempos, religiosos de las principales órdenes monásticas establecidas entonces en el Nuevo Mundo.”

Quito se convirtió bien pronto en el centro religioso más importante de la América meridional. Después de la gigantesca iglesia y convento de San Francisco, edificados sobre un atrio monumental, se elevaron los magníficos templos y monasterios de La Merced, La Compañía, con su fachada que es un encaje de piedra, San Agustín, Santo Domingo, Santa Clara, los Cármenes, Santa Catalina, las Recoletas de San Diego y de las Ordenes Dominicana y Mercedaria; la severa y amplia Catedral, la primorosa y clásica Capilla Mayor del Sagrario, las bellísimas capillas de Cantuña, del Rosario, del Hospital, de San Juan de Letrán y otras, todas con magníficas fachadas de piedra en que los estilos clásicos o el barroco y plateresco lucen sus primores. También se levantaron las iglesias parroquiales de Santa Bárbara, San Sebastián, San Roque, San Blas y San Marcos, de factura más modesta. Los inmensos conventos rodeados de murallas, daban a la ciudad un aspecto severo e imponente. “Después de México, más que Lima, y sobre Puebla, —dice Crespo Toral— en la América del Sur se edificaba un remedo de la Roma Papal, una ciudad conventual más rica en ejemplares arquitectónicos que Avila de los Caballeros o la Capital Burgalesa.”

El decorado interior de los templos es maravilloso. Altares, columnas, púlpitos, molduras arquitectónicas, nichos, tribunas y cátedras recubiertas de oro, recuerdan las fastuosas decoraciones de la India, de Siam, o de Java. Baldaquinos y frontales de plata macisa; espejos venecianos, decorando archivoltas y arquivoltas; artesonados mudéjares; vasos sagrados riquísimos, custodias y relicarios cuajados de esmeraldas y perlas, estatuas y pinturas maestras, abundan



en iglesias y capillas y hacen de Quito un "joyero precioso", como lo llamó Arístide Sartorio.

El Papa Paulo III erigió en Obispado la ciudad de Quito, en 8 de Enero de 1545, poniendo bajo su jurisdicción, por el Norte hasta el río Patía en Colombia, y por el Sur hasta más allá de Paita en el Perú. Quito era el centro de las misiones que para convertir y civilizar a los indios, partían a Oriente y Occidente, hacia los Quijos y Mainas hasta los confines de las Colonias Portuguesas o hacia las tierras de Cayapas y Barbacoas.

La vida religiosa era intensa, como en ninguna otra ciudad Americana. Las funciones del culto se verificaban con gran solemnidad y magnificencia, y a las ceremonias y procesiones de Semana Santa, trasunto del esplendor sevillano, acudía mucha gente, desde poblaciones muy lejanas. No poco de vanidad y de fastuosa ostentación había en todo esto; y si es verdad que la relajación cundió en la sociedad y en conventos y monasterios, también es cierto que aquí brillaron por su virtud y austeridad, muchos insignes varones, y que en el jardín quiteño brotó aquella flor que aún embalsama el ambiente con su delicada fragancia, y que es conocida con el nombre de la Azucena de Quito.

\*

\* \*

Centro de la vida intelectual de todo el Reino, Quito puede afirmarse que fué durante la Colonia, el foco del saber y la cultura de aquella época. Sus colegios y universidades tienen fama aún en la Península; los ingenios de Quito brillan en las cátedras de otras Universidades de las Indias y hasta llaman la atención en la Metrópoli.

El historiador debe, ante todo, rendir culto a la verdad. Debemos, pues, decir que aquellas Univer-



sidades no eran lo que son ahora tales Instituciones. Eran, propiamente, como explica muy bien González Suárez, Facultades Universitarias con el privilegio de conferir grados. Pero en medio del atraso de la Instrucción Pública en las Colonias españolas y teniendo en cuenta la decadencia de los estudios que por aquella época se dejaba sentir aún en la Península, sí puede afirmarse que la vida intelectual en Quito era intensa y apreciable. Gloriábase Quito de tener tres Universidades: la de San Gregorio Magno, establecida por los Jesuítas; la de Santo Tomás de Aquino, fundada por los Dominicos y la de San Fulgencio regentada por los Agustinos. En el Colegio Seminario de San Luis se dictaban clases de enseñanza científica y literaria. Dice González Suárez que al Colegio de San Luis acudían jóvenes desde Panamá y desde Popayán a educarse en él.

Las conclusiones o disputas sobre puntos de Filosofía y de Teología, en que los argumentadores hacían alarde de erudición y de sutileza de ingenio, eran frecuentes y concurridas por lo más granado de la sociedad quiteña. El gran historiador citado dice: "A mediados del siglo décimo octavo se había hecho en Quito una pasión exagerada de las llamadas conclusiones en los colegios y en los Conventos de Quito". El mismo ilustre autor afirma que había en los criollos amor a la Ciencia y que les devoraba la sed de ilustrarse.

Las Bibliotecas de los Conventos ricas en obras raras y valiosas, eran accesibles al público, "pues los religiosos no sólo no negaban la entrada a ellas, sino que se complacían en franquear a todos, los tesoros científicos y literarios que en ellas poseían". El sabio Caldas escribe entusiasmado: "He visto aquí exquisitos libros y en gran copia: no hay particular que no lo tenga en mucha o en corta cantidad, y me parece que en esto Quito hace ventajas a Santa Fe". Y en otra parte repite: "Yo no acabo de admirar cómo



ha podido venir tanto libro bueno a esta ciudad: apenas hay particular que no los tenga, y libros que no pude ver en Santa Fe los he hallado aquí". La valiosa Biblioteca de los Jesuítas, después de la expulsión de éstos, de los dominios de España, se abrió al público y su primer bibliotecario fué el célebre precursor de la Independencia y erudito escritor quiteño, Don Francisco Eugenio de Santa Cruz y Espejo.

Así como Quito fué la única ciudad de la colonia en donde hubo colegios de instrucción y bibliotecas públicas, así también fué la única en que se establecieron imprentas. Después del traslado de la que los Jesuítas habían traído desde Europa a Ambato, hubo dos imprentas en la Capital, pues existía también la del quiteño Raimundo de Salazar, de cuyas prensas salieron varios interesantes libros, hoy codiciado tesoro de bibliófilos e historiadores.

La producción literaria de aquella época, proclama la absoluta hegemonía de Quito entre todas las ciudades de la Presidencia. No es corta la lista de escritores ilustres como los dos Alcedos, Don Antonio de Morga, los Obispos Montenegro y Calama, los Padres Acuña, Rodríguez y Maroni, historiadores de las misiones de Oriente, quiteños unos, extranjeros otros, que contribuían al ambiente intelectual de Quito. Son notables por uno u otro concepto, el Cronista quiteño Don Juan de Ascaray y el italiano Coleti; los biógrafos de la Azucena de Quito, Morán de Butrón, Jijón y León y Juan del Castillo. No faltaron en la producción quiteña los libros místicos, llenos de unción religiosa, como el de Fray Fernando de Jesús Larrea, ni los de sagrada oratoria, como los de Rojas Milanesio, Chiriboga y Daza, Yépez, Coronel y Ontaneda. Las obras de Literatura y Poesía son también numerosas. El Maestro Jacinto de Evia, los Jesuítas Aguirre, Viescas, Orosco, Ambrosio y Joaquín Larrea, dejaron, entre otros



muchos, obras apreciables de su ingenio. Hubo quiteños como Don Carlos Montúfar que cultivó las Ciencias y mereció distinciones de las Academias de Europa; y Tribunos como Mejía, que fué muy aplaudido en las Cortes de Cádiz, Velasco y Maldonado, en la Capital de la Presidencia brillaron sobre todo, y Espejo es el exponente, de lo que era la cultura de nuestra Patria al finalizar el siglo XVIII. Aún existen inéditas muchas obras escritas en Quito, en tiempo de la Colonia, sobre cuestiones Teológicas, sobre Filosofía y Derecho, materias las más cultivadas en aquella época.

\*  
\* \*

Si la preeminencia de Quito como centro intelectual de la Colonia es incuestionable, el puesto que ocupa en la historia de las Bellas Artes en América es, en verdad, extraordinario.

Ya hemos dicho cómo desde los primeros años de la fundación española, se fueron levantando en la Ciudad monumentos arquitectónicos de primer orden consagrados al culto cristiano, y cómo la decoración interior de esas iglesias, recuerda, por la riqueza y profusión de adornos, los mejores monumentos del barroco europeo y aún tiene semejanza con la de templos y palacios de las civilizaciones orientales en Asia.

La riqueza artística de Quito ha sido proclamada por cuantos viajeros y escritores han visitado la Ciudad. Mucho ha desaparecido, pero aún subsiste un tesoro incalculable. La Escuela de Pintura en todo tiempo tuvo merecido renombre. Desde el siglo XVI aparecen pintores quiteños admirables, como Adrián Sánchez Galque, Miguel de Benalcázar, Juan Sánchez de Jérez, Fray Pedro Bedón y otros, que trabajan junto a notables artistas venidos de España, como



Juan de Illescas y Luis de Ribera. En el siglo siguiente florecen los dos príncipes de la Escuela quiteña durante la Colonia: Miguel de Santiago y Nicolás de Goríbar, dignos de figurar junto a los grandes pintores españoles o italianos del Renacimiento. Una pléyade de artistas anónimos, —muy pocos nos han dejado su nombre: Vela, Morales, Egas Venegas de Córdoba, Oviedo, Valenzuela, Hernándo de la Cruz;— llenan los templos y los claustros de los Monasterios con cuadros magníficos, de los cuales aún se conservan algunos, y que podrán admirar ecuatorianos y extranjeros con la realización del proyecto, con tanto entusiasmo acariciado por nosotros desde hace varios años, de que se celebre el Cuarto Centenario de la Fundación Española de Quito, con una gran exposición de Arte Colonial en los Conventos quiteños.

En el siglo XVIII, la tradición artística de la Escuela quiteña continúa esplendorosa con Samaniego, Legarda, Benavides, Albán, Bernardo Rodríguez, Sánchez Barrionuevo y otros. Cuadros quiteños de la época Colonial se hallan todavía en muchas de las antiguas iglesias de América, desde Cartagena hasta Buenos Aires, y aún se encuentran en Museos de Europa, ejemplares de aquella espléndida floración de arte.

No sólo llamaban la atención, por su excelencia artística, las pinturas quiteñas; también las bellas esculturas policromas eran solicitadas de casi todos los países del Continente y con ellas se han poblado, —al decir del gran crítico italiano, Arístide Sartorio— los altares de México, Colombia, el Perú, Chile y la Argentina. Los nombres de Caspicara, de Olmos, del Padre Carlos, han llegado hasta nosotros nimbados de gloria.

Iglesias, Conventos, Casas señoriales, en esta privilegiada ciudad de refinado gusto estético, guardaban también obras maestras de las Escuelas



italianas y españolas, junto a las manifestaciones del arte vernáculo. Todavía pueden contemplarse en Monasterios y en Museos privados, retablos y ricas tallas cubiertas de oro refulgente por lo bruñido; muebles primorosos de taracea, bargueños, cueros repujados, figurillas de madera, marfil y corozo, orfebrería y filigranas de oro y plata; bronce, esmaltes y joyas peregrinas, hierros forjados, alda-bones y cerraduras cinceladas; alfombras, damascos y encajes, brocados y tapices; cerámicas, porcelanas, lozas; códices miniados, ejecutorias y cantorales, que están proclamando a Quito como centro de cultura, de refinamiento artístico y buen gusto.

\*

\* \*

En la historia de la Ciencia, también a Quito le ha cabido la suerte de ocupar un puesto destacado. En el siglo XVIII es visitada la Ciudad por los Académicos franceses Godín, Bouguer y La Condamine, que acompañados del botánico Jussieu y de varios técnicos, fueron enviados por la Real Academia de Ciencias de París, para efectuar la medida de algunos grados de meridiano en el Ecuador, a fin de averiguar la verdadera figura de la Tierra. Los oficiales españoles Don Jorge Juan y Don Antonio de Ulloa debían acompañar a los sabios franceses, por orden del Rey de España.

Los Académicos trajeron los mejores instrumentos científicos conocidos entonces y cantidad enorme de libros importantes. Establecieron su observatorio principal y la base de sus exploraciones en la Capital de la Presidencia, que recibió a la Misión Científica francesa con grande entusiasmo y extraordinaria cordialidad. Un siglo después, otra gran Misión de sabios geodésicos franceses había de verificar la medida de un arco de meridiano y residir por varios años en nuestra Patria.



Situada Quito casi bajo la Línea Equinoccial, a 2850 metros de elevación sobre el nivel del mar, con una atmósfera límpida y brillante, que permite contemplar en noches despejadas, constelaciones de ambos hemisferios, préstase, como ninguna otra ciudad, para las observaciones astronómicas y meteorológicas. Situada en el centro de dos cadenas de montañas y rodeada de picos nevados y volcanes, ofrece así mismo, ventajas incomparables para los estudios de Geología y Vulcanología andina.

Las importantes operaciones realizadas por las Misiones francesas y las obras científicas que publicaron los Académicos de París y los Oficiales españoles hicieron célebre el nombre de Quito en la historia de las Ciencias. Años más tarde llegó a Quito y dejó aquí una estela luminosa imborrable, uno de los hombres de ciencia más grandes que ha tenido la humanidad: Alejandro de Humbolt.

La tradición que había consagrado a Quito como centro importante para las investigaciones científicas, su privilegiada situación geográfica, que hace de esta ciudad como un museo de la Naturaleza, han atraído, en todo tiempo a sabios y estudiosos; desde la época en que vivió aquí el sabio granadino Caldas, hasta la época de las exploraciones de Reiss, de Stübel y el florecimiento de la Politécnica con Wool, Dressel, Menten, Kopel y Sodiro, gran número de sabios ha venido a esta Ciudad, a difundir aquí la ciencia, contribuyendo a cimentar el renombre de Quito.

\*

\* \*

En la magna gesta de la emancipación Americana, a Quito le corresponde también el primer puesto. Centro en donde se incuban las primeras rebeliones desde los remotos tiempos de Gonzalo Pizarro, aquí



estallan las primeras revueltas contra el Gobierno Penínsular y aquí va germinando la idea de libertad e independencia, cuyo grito resonará el primero de todos en los ámbitos de las Colonias Hispano-Americanas. La revolución de las Alcabalas y la de los Estancos, brotes son del espíritu arrogante y del fervoroso anhelo de conseguir la autonomía. Quito, "Luz de América", la de los próceres ilustres Montúfar, Morales, Quiroga, Salinas, Larrea, Matheu, Checa, Ascázubi, Ante, Zambrano y otros muchos, será después el teatro de trascendentales sucesos, desde el martirio de los Padres de la Libertad, hasta la Batalla con que la espada vencedora de Sucre y la sangre generosa de Calderón sellaron en Pichincha la Independencia Ecuatoriana.

¿Para qué recordar, si es de todos conocido, el lugar prominente que en la historia de la República ha tenido su Capital? "Quito —dice el ilustre escritor azuayo Crespo Toral— por motivos geográficos, étnicos y culturales, desde que tuvo nombre y vida, ha sido centro de la nacionalidad. Ella, por el sacrificio de Atahualpa y la resistencia de sus caudillos militares, ella por tradicional intento liberador de la Metrópoli Española; ella por la proclamación de la Independencia antes que los Virreinos y las Capitanías Generales; ella por su declaración de 1812, y su campaña sangrienta al mando de Montúfar y Francisco Calderón; ella por el triunfo de Pichincha —sacra montaña que fué altar de la Patria llamada ecuatoriana; ella la que constituyó primeramente la segunda emancipación de 1830; y después en hechos de increíble heroicidad; en tragedias y duelos, embestidas y resistencias, ha mantenido siempre la rigidez de la vindicta, tanto como el honor de la bandera. Pueblo que sabe castigar, que alegremente se entrega a morir por un ideal común, entrañado en lo más hondo de su ser— ideal de Dios, Patria y Libertad".



Cuna de egregios varones cuyos nombres han pasado los linderos de la Patria, conquistando en el extrajero honor y gloria para la virtud, la ciencia y el arte ecuatoriano, Quito ha sido también medio adecuado y propicio para que el talento y la actividad de los hijos de las demás ciudades del Ecuador se desenvuelvan libres y alcancen el mejor éxito, merced a estímulos generosos.

Asiento de los Poderes Públicos, Ciudad metropolitana, centro político de la Nación, Quito es y será el Arca Santa de las tradiciones de gloria y de honor ecuatorianos; relicario artístico de la Patria, cuna de la Independencia, foco de saber y de cultura y verdadero núcleo de la vida nacional, una predestinación feliz le ha dado tales preeminencias. A través de los siglos, Quito aparece en la historia ecuatoriana, como el sol radiante de su cielo. Si en los primeros tiempos, —célula de la nacionalidad— concentra en sí casi toda la vida de esta entidad política que hoy se llama Ecuador, hasta poder decirse que la historia de Quito es la historia del País; después, proclamada la República y en su madurez la Democracia, ha mantenido con honra el cetro que preside los destinos de la Patria y ha seguido siendo el cerebro y el corazón de ella.

\*

\* \*

Con el orgullo de llamarme tu hijo, con entusiasmo y filial amor rebotante en mi pecho, he recordado, Quito, algunas de tus glorias y preeminencias, como homenaje de mi admiración y afecto en tu conmemoración centenaria.



que con la conquista incaica muchos grupos caras se retiraran nuevamente a la costa y este hecho y la existencia del Reino de Quito, bajo el dominio de los duchicelas en los últimos tiempos lo confirma el Secretario de Ruiz de Castilla W. B. Stevenson cuando dice: "Según la tradición de los Malatas (indios de Esmeraldas) su tribu y los otros habitantes del bosque descienden de los Puncayes (Caras) de Quito, y aunque el bonchocando (Rey Duchicela de Puruhá) de Licán, antiguo Jefe Supremo de ese territorio se volvió vasallo de Tupac-Yupanqui, esas tribus (la de los puncayes o caras del Reino de Quito) nunca se sometieron al Inca". El mismo Stevenson refiere la tradición de una tribu de monos que viniendo del oeste invadió la cordillera interandina.

No creemos que los Caras construían en piedra, este arte es propio de los Mantas. Sentimos apartarnos en este punto del P. Velasco. Los edificios caras se levantaban sobre palos cruzados, revestidos de arcillas o quizá sobre adobes. Por esto sus vestigios han desaparecido, y Quito no conserva en su suelo huellas de los famosos edificios de los shiris. Por otra parte, aunque hubiesen aprendido de los Mantas el arte de construir en piedra, como este material sirve para construcciones, sería verdaderamente un milagro que en una ciudad como Quito se conservasen las piedras de las ruinas después de algunos siglos.

Lo dicho está mostrado que, a pesar de haber errado Velasco en ciertos pormenores, conoció ya el famoso descubrimiento moderno de que los imbabureños venían de la costa. Con su asentimiento, quizá demasiado ingenuo a la tradición, vió la prehistoria como la estamos viendo en el siglo actual. La invasión de Imbabura por otro pueblo es un hecho confesado por el mismo Jijón. En el manuscrito de sus clases en la Universidad Central dice: "La matanza de los imbayas y la colonización de Imbabura por los caras, es una tradición a la que equivale la sustitución de



los sepulcros en pozos, en los que se enterraba una raza mesaticéfala, por la construcción de tolas en las que vivía un pueblo braquicéfalo.

### **Los Caras permanecieron largo tiempo en Manabí**

Los caras, pueblo semi-nómada de diestros navegantes y buenos guerrilleros, al llegar a Caráquez, tuvieron que entrar en lucha o cerrar algún acuerdo pacífico con los mantas, pueblo sedentario de mayor cultura y mejor gusto artístico.

Por uno u otro motivo los caras convivieron con los mantas o fueron sus vecinos durante dos siglos, al decir del P. Velasco.

Muy natural era en consecuencia que tomaran sus costumbres, y de ello hay numerosos testimonios. Citemos los tincullpas, llamados por Saville batintines, y que son, según Rivet, una prueba de la dispersión del arte cara. Los tincullpas o pendientes, que al decir de Jijón debían tener una lengüeta, que al tiempo del baile produciría un sonido especial, son un artefacto netamente manteño, de la cultura de los cerros, llevado a todo el Ecuador por las conquistas de los caras. Los adversarios de Velasco dicen que esta dispersión se debe al comercio, pero hay una circunstancia que destruye esta presunción: los tincullpas de Manabí son de mayor tamaño y ejecución más esmerada que los de Imbabura: el comercio los hubiera dispersado por igual, pero si los caras con sus conquistas los iban introduciendo, era muy natural que con la sucesión de los años y el gusto de otros pueblos fuesen cambiando.

Juan Ulloa dice, en el siglo XVIII, que los caras de Imbabura usaban por esa época espejos de obsidiana, también artefacto manteño de influencia nahua. Su uso a Imbabura fué llevado de Manabí, y Saville lo trae como prueba de que los caras



habitaron mucho tiempo en los cerros de Manabí antes de ir a Esmeraldas y subir a la Sierra a establecer el Reino de Quito.

El uso de las máscaras para las fiestas tan común en los imbabureños, está tomado de los mantas.

Las ollas de trípode que no se hallan en la cultura de los incas ni en la de los chimus son también de procedencia manabita.

Los caras influyeron a su vez sobre los mantas; basta citar que a Jocay le quitaron el nombre maya y lo llamaron Manta, que en Cayapa significa cinco, para expresar que era el quinto puerto, como Paita que significa diez, era el décimo.

Benzoni nos hace saber que a las balsas las llamaban los manabitas, barbacoas que es, como hemos visto, el grupo a que pertenece la familia cara.

Tantas fatigas, tantas excursiones y excavaciones, tantos viajes científicos, tantas disputas entre los sabios nos han enseñado este hecho; que los caras del callejón interandino han vivido mucho tiempo en Manabí. Y esto ya lo sabía Velasco y lo consigna en su historia. Su criterio quizá infantil, de aceptar la tradición, sin beneficio de inventario le hizo penetrar en las profundidades del pasado, y, pese a sus errores, y a su método poco científico, será en el futuro una luz que guíe a los sabios que quieran dedicarse al estudio de la prehistoria.

### La prueba del Idioma

Otro hecho indudable, después de las últimas investigaciones, es que el idioma cayapa-colorado dominó en cierta época un vasto territorio del Ecuador en casi los mismos límites de que nos habla la historia de Velasco.

Jijón en su estudio sobre el Puruhá, prueba la influencia del idioma cayapa-colorado en el callejón



interandino; abundan las voces en **pi** que significan río o agua, las en **quia** que se refieren a pueblos y las en **uela** que indican lugares. No puede menos de rendirse a la evidencia ante los numerosos apellidos cayapa-colorados, en la Sierra, que según él no prueban descendencia sino que se ha tomado el nombre geográfico por el apellido.

Por el Sur los nombres geográficos caras llegan hasta la boca del Guayas y aún más allá, y por el Norte hasta la ciudad de Cali. Cali es en la actualidad el nombre indígena que los nativos de Santo Domingo de los Colorados dan a su pueblo. Quizá no prueba expansión cara sino el parentesco de la familia chibcha. Pero este nombre en Colombia está como aislado. Casi todos los que se han dedicado a estos estudios están conformes en que los cayapa-colorados han ocupado el Ecuador, con excepción de una parte de Esmeraldas, Azuay y Loja. En Puruhá dice Jijón, son numerosos los nombres geográficos que claramente corresponden a los caranquis contemporáneos de la conquista incaica. El Sr. M. Moreno Mora ha demostrado que en la Provincia del Azuay se mezclan las voces cañaris con las cayapa-colorados, como indicando la coexistencia de dos lenguas que no llegaron a confundirse.

Después de prolijas investigaciones filológicas se ha llegado a la conclusión de que el cayapa-colorado se habló un día en casi todo el territorio del Ecuador. No hay discrepancia en este punto. Paúl Rivet dice, que en el Ecuador se ha hablado el chibcha, por medio del cayapa-colorado, se entiende con excepción de Oriente, Atacames, Cañar y la faja invadida por los chimus, mochicas y huancavilcas al sur. Esto ya lo sabía Velasco y lo dice en su historia. Ciertamente que por la época de la conquista española había en el callejón interandino varios idiomas, pero nótese que el reino de los shiris iba ya en decadencia, primero lo habían ocupado los Duchicelas, que al fin y al



cabo eran extranjeros, y luego los incas. Además hay que tomar en cuenta que los caras no extinguían las costumbres y la lengua del pueblo conquistado y que al llegar a la Sierra se encontraron con el quitu y varios otros idiomas. Creemos que, mientras más luz haga la prehistoria, más verdadero resultará Velasco, porque es casi imposible ahondar en el pasado con completo olvido de la tradición, sobre todo en pueblos que han carecido de escritura o cuya escritura para perpetuar los hechos, sólo a determinadas personas es permitido descifrar.

### El dialecto Quechua-Quiteño

Los caras en Manabí se encontraron con los mantas, en Esmeraldas con los atacameños, en el Guayas con los guancas y los vilcas. Los guancas se extendían entonces por las actuales provincias de El Oro y Loja, y en esta última recibían el nombre de guancabambas. Su dominio iba hasta el Perú, tanto que Cieza de León dice que la ciudad de Chachapoyas se fundó en tierra de los guancas.

A causa de la insalubridad de la costa, según la tradición de Velasco, subieron por el río Esmeraldas y penetraron al interior de la República por la actual provincia de Imbabura. Aunque la costa de Manabí es hoy muy sana, como lo han observado Wolf y Saville, no sabemos si lo era también en aquel entonces. De todos modos Velasco no trae sino como probable ese motivo de emigración.

Al llegar a Imbabura los cayapa-colorados, dice Jijón, no es posible afirmar si encontraron gentes de su mismo idioma que habían penetrado por otros lugares; pero es seguro que en los valles interandinos se hablaban lenguas distintas de la suya aun cuando quizá emparentadas.



En Imbabura poblaron Otavalo, Tusa, varios otros pueblos e hicieron de Caranque su capital. Caranque y Caráquez, dice Otto von Buchwald, son palabras del mismo idioma, la *n* es eufónica. Los otros pueblos del callejón interandino eran Imbayas, Quitus, Panzaleos, Puruháes, Cañaris y Guancas. De seguro que cada grupo hablaba su propio idioma, pero el más general era el quitu.

De la fusión del Cara con el Quitu resultó un nuevo idioma, que Velasco afirma era dialecto del quechua. Los adversarios de Velasco se han burlado de este hecho; pero nosotros creemos que quizá no el cara, pero sí el quitu era dialecto del quechua. El Dr. Luciano Andrade Marín observa que los incas dominaron sólo unos cuarenta y cinco años en el Ecuador: que es imposible suponer que en este pequeño lapso hayan logrado imponer su idioma en el callejón interandino. Los mismos nombres geográficos, que son los más difíciles de arrancar aún con la invasión de un nuevo pueblo, son en su gran mayoría quechuas. Creer que los misioneros hicieron este trabajo es exigir demasiado de la razón. Recuérdese que el latín fué durante siglos idioma oficial en la edad media, del gobierno, de la religión, en las escuelas y no entró, no obstante, como idioma popular en ningún pueblo. Que en el Ecuador los misioneros hayan obrado este milagro con el quechua es difícil de admitir. Consta por otra parte, haberse hecho catecismo en cañari y puruhá, lo que manifiesta que en el Ecuador los misiones tomaron la lengua nativa y no impusieron una lengua extraña. Además, en el sínodo de 1539 se mandó hacer catecismos de las lenguas ecuatorianas indígenas que no se hablaban en el Cuzco y Aymarà: se hicieron estos catecismos para el puruhá y el cañari y no consta habérselos hecho para Quito, León e Imbabura. ¿No estará manifestando lo dicho que en ese entonces se hablaba ya en estos territorios un dialecto del quechua? Así



lo creemos. Ese idioma era probablemente el de los vencidos quitus modificado por la invasión cara.

Queremos dejar constancia de que Velasco en este punto del dialecto quechua quiteño nada inventó, no hizo sino seguir fielmente el dicho popular. En el sur del Perú, cuna de los incas, refiere el P. Anelio Oliva, un siglo antes de Velasco, que corría en boca del pueblo la siguiente tradición: Después del diluvio universal el Emperador Tumbe en Santa Elena mandó a su hijo Quitumbe a descubrir nuevas tierras. Quitumbe fué a Quito donde propagó su raza y dió origen a la dinastía de los Shiris; pero había dejado en Santa Elena un hijo llamado Guanabay que fué el padre de Otán y éste a su vez el progenitor de Manco Capac, fundador de la dinastía de los Incas.

Según esta tradición, incas y shiris venían a ser una misma familia, con Quitumbe por padre común. Fundaron dos imperios distintos y al cabo de algunos siglos se hallaron en Pichincha para unir nuevamente sus dos razas en Atahualpa, el hijo de Huaina Capac Rey de los Incas y de Paccha Reina de los Shiris.

La leyenda quizá confunda los quitus con los shiris porque tenemos por probada la procedencia sur-centro-americana de los caras.

En apoyo de la tradición se asegura que el nombre de Quito viene del quechua Ketele o Quitele que significa hondura y que se refiere quizá a la antigua quebrada de Jerusalem, donde hoy se levanta la Avenida 24 de Mayo. En objetos de cerámica hallados en Bahía de Caráquez se ve a mujeres cargando su niño a las espaldas en la misma forma que las mujeres incaicas. No es difícil que los quitus penetraran también por Manabí, viniendo del sur, en tanto los caras arribaron posteriormente a las mismas playas viniendo del norte.

Diferencias de detalles. Quitus o Shiris poco importa. Un dialecto del quechua se habló en la cordillera interandina antes de la invasión de los



incas. Velasco, que en este punto sabía más que nuestros sabios, nos ha hecho un inmenso bien conservándonos las tradiciones que nos llevan a olvidar por un momento el presente para vivir del pasado. Tierras sin tradiciones son tierra sin almas. Elevemos al Jesuíta riobambeño un monumento de gratitud por habernos abierto el tesoro de la prehistoria. Quito la noble ciudad castellana, la segunda Cuzco de los Incas, el hermoso baluarte de los Shiris, la tumba de los heroicos Quitus cumple este año cuatro siglos (Diciembre 6 1534) como fundación española, cuatro y medio como fundación incaica, diez como fundación shiri y veinte como fundación quitu. Aquello de que los incas fundaron la ciudad de Quito, sobre pequeñas poblaciones aborígenes carece de todo fundamento.

Hasta en esto, la existencia del hombre en el Ecuador, quizá en Quito, antes de la Era cristiana, anda acertado Velasco, como lo están demostrando los últimos estudios.

### El arte Cara

Los objetos de cerámica de Manabí, alto Guayas, Carchi e Imbabura, no dejan lugar a duda que dichos lugares fueron habitados en cierta época por una misma raza. La identidad de vasijas de diverso origen, producto indiscutible del arte cara, desparramadas por el antiguo imperio de los shiris induce a creer que un Estado poderoso verificó esta dispersión con ayuda de las armas. Así como las conquistas de los Incas dispersaron el arte cuzqueño, ¿por qué negar que las conquistas de los shiris dispersaron el arte cara? Se observa que en el arte cara no hay esa unidad que en el arte incaico. No lo negamos, pero hay que tomar en cuenta, hablando en términos modernos, que las normas internacionales de los



caras eran muy amplias. Los incas no querían dominar sino ellos y tenían un comunismo absoluto, una sumisión al soberano absoluta y un sistema de civilización por mitimaes que quitaba al pueblo vencido lengua y costumbres. Los Caras no eran de criterio político tan estrecho; convivieron junto a los mantas, los atacameños, los imbayas, los panzaleos, los quitus, los puruhaes; no privaban a los vencidos ni de su lengua ni de sus costumbres, por lo mismo no es posible encontrar en ellos ese arte uniforme que aparece en los países conquistados y dominados durante largo tiempo por los incas.

Pero ese arte existe. Citaremos de preferencia a los adversarios. Jijón afirma: "del Carchi al Macará el arte prehistórico tiene el mismo carácter que en Imbabura" y como si no fuera bastante agrega: "el Ecuador interandino y occidental fué ocupado en época pretérita, casi en su totalidad, por gentes cayapa-colorado. . . la historia del Reino de Quito o subida de los caras de la costa a la sierra a formar el Reino de los Shiris aparece como **elaboración de tradiciones auténticas** que contienen mayor o menor grado de verdad. La frase del Carchi a Macará el mismo Jijón la restringe bastante cuando descende a pormenores.

En un manuscrito dado por el Sr. Jijón a los alumnos de la Universidad Central se lee: "Sospechamos que Collahuaso forjó la leyenda de los Shiris, **pero no lo hizo de pura fantasía sino zurciendo, arreglando y reformando leyendas y tradiciones auténticas.**"

Suprimidas las palabras forjó y reformando, podemos estar conformes con el Sr. Jijón, ¿por qué dudar sin motivo de la buena fe del indio Collahuaso? Tiene derecho a su honra como la tenemos nosotros. Sin fe en el hombre toda historia desaparece. De esa fe sólo podemos apartarnos en virtud de otros



testimonios auténticos. La veracidad del Padre Velasco irá en aumento a medida que avancen los estudios científicos y nos muestren la conformidad de la tradición con los hechos comprobados de la prehistoria.

## Las Tolas

Entremos a las tolas. La existencia de tolas en Manabí, Esmeraldas e Imbabura muestra la existencia de un mismo pueblo en estos sitios. Ciertamente que las tolas de la sierra difieren de las de la costa, pero esto sólo prueba que la permanencia de los caras en Imbabura ha sido bastante larga como para poder modificar en algo sus costumbres.

Jijón ante el hecho innegable de la expansión cayapa-colorado, por casi los mismos territorios de que nos habla la historia del P. Velasco, dice que hay un estrecho parentesco entre las lenguas y el arte de cerámica del sur de centro América y el cayapa-colorado; pero que en el Ecuador hay que distinguir dos invasiones de este pueblo, la una antigua que da origen o influye en las civilizaciones de Proto-Panzaleo, Puruhá y llega hasta Cañar, a poner un sello marcadamente Chibcha en la pintura de los vasos negativos, y otra inmigración relativamente moderna que llegó a Imbabura del Occidente y de la que puede ser un recuerdo la historia de los shiris.

Agrega que el uso de las tolas, de una época con toda probabilidad posterior a la Elen-pata vino con esta segunda inmigración y que la llegada de los cayapa-colorados a Imbabura pertenece al último período prehistórico; que los caranquis de Imbabura y norte de Pichincha estaban recién venidos de la costa del Pacífico como los caras del P. Velasco. ¿Simple coincidencia de la verdad con la fábula o testimonio de que la fantástica historia contiene



fragmentos de tradiciones auténticas? Se pregunta y responde: Nos inclinamos a lo segundo.

Los cayapa-colorados de la primera invasión: que dan origen a la cultura de Proto-Panzaleo I, que florece por el año cincuenta de nuestra era, no usaban tolas, como no la usan tampoco sus actuales descendientes, cayapas en Esmeraldas y Colorados en Santo Domingo; este uso fué tomado de los atacameños por algunos de los invasores de última época.

Por falta de arraigo en las costumbres y la no universalidad del uso de las tolas en todos los grupos caras, estamos conformes en que este uso fue tomado de los atacameños; pero así y todo, ellas están probando la historia de Velasco.

Veámoslo: En Imbabura abundan las tolas, se las construía hasta en la época de la Colonia; en León hay pocas, en Quito no existen y en Puruhá desaparecen. Es muy natural que así suceda. Imbabura que fué el asiento principal de los caras subidos de la costa ha dejado muchas huellas de su dominio. Las tribus que moraban en las provincias de Latacunga y Ambato conservaron largo tiempo su independencia y, según Velasco, no fueron conquistadas sino por séptimo Shiri; por lo mismo, los caras ejercieron allí menor dominio y las tolas están en menor número. En Puruhá desaparecen, porque propiamente hablando, los caras no llegaron a dominar esta región; fueron los puruhaes que con la familia Duchicela se sentaron en el trono de los Shiris. Que los Duchicelas impusieron su dominio y que la alianza matrimonial no fué aceptada fácilmente por los súbditos, lo dice el hecho de que poco antes de la conquista incaica los puruhaes por la fuerza de las armas entraban al valle de Ambato. Y lo dice también el relato de Humboldt, quien sin conocer los manuscritos de Velasco, afirma que la lengua puruhá era la general en Quito antes



de la invasión incásica, y que las razas de puruhá (Duchicelas) tenían el título de "Chonchocando" y residían en Lincán. Por esto, porque Puruhá es otro pueblo, su forma de sepultura manifiesta diferencia étnica. El hecho de no haber tolas en Quito tiene su explicación; los incas hicieron de esta ciudad su segunda Cuzco y ellos que al Cuzco llevaron arena del mar para su plaza, no iban a permitir que en Quito, donde Huainacápac residió veinte años, quedase la menor huella de otro pueblo (Tolas). Si alguna tola quedó, los españoles en su busca de oro han acabado con ella en el transcurso de tres siglos. ¡Quien sabe si el Panecillo haya servido de túmulo y que el barrio de la Tola sea un recuerdo de haber habido en tiempos anteriores muchas tolas en ese lugar!

### Etnología y Arqueología

Los numerosos apellidos cayapa-colorado son una presunción de que los caras se han extendido por varios lugares de la República. No hay suficiente motivo para creer que estos apellidos no indiquen descendencia, sino la extensión de un nombre geográfico. ¿Por qué el deseo de ir quitando a los hechos toda conformidad con la historia de Velasco?

Jijón dice que los barbacoas (en su rama cayapa-colorado) forman el sustrato étnico más antiguo del Ecuador, pero que en Imbabura habían sido sustituidos por otro pueblo inmigrante moderno que introdujo una civilización distinta y peculiar. Un Ecuador interandino dice, unificado bajo el dominio de los caranquis o puruháes es un mito que no resiste ante los hechos innegables demostrados por la arqueología. Respetamos tan ilustrado criterio, pero creemos que los descubrimientos o estudios modernos, la arqueología inclusive, vienen a confirmar la historia del jesuíta riobambeño.



Esta opinión no es nuestra. Sabios como Means no creen encontrar contradicción entre los dichos de Velasco y los conocimientos arqueológicos, a menos que se descienda a detalles.

“A menos que se descienda a detalles”. Esta frase es interesante. Velasco, como bien lo observan sus adversarios, es un espíritu poco crítico: Escribe la historia y la tradición como están en su recuerdo. Por eso yerra en las fechas de la fundación de Quito, de las erupciones del Pichincha, del sacrilegio luterano, etc. Pero por este modo de decirnos infantilmente lo que sabe no vamos a concluir que es falsa toda su historia; sería llevar demasiado lejos el razonamiento. Diremos sencillamente que su historia es verdadera, pero que no ofrecen mucha fe los pormenores.

Los estudios modernos vienen confirmando la historia de Velasco. Cuando la arqueología alguna vez parezca contradecirla, hay que tomarla con mucha cautela. Los españoles hallaron en Manabí mucho oro y muchas esmeraldas, y los trabajos de excavación en la actualidad están mostrando que esos pueblos eran muy pobres en estos dos metales. ¿Diremos que los primeros cronistas son mentirosos? Nadie va a dudar de la existencia de los famosos templos de Quito y Manta, que eran según los cronistas tan ricos como los de Pechacamac, y sin embargo hoy no hay de ellos el menor vestigio. El no haber vestigios se debe o a que la población cercana ha hecho uso de las piedras, o a que por ser construcciones de adobes o palos entre cruzados cubiertos de arcilla, no han resistido el paso de los siglos. De la misma carretera incaica no hay a veces en grandes trechos la menor huella, en sitios por donde seguramente pasaba, según el testimonio de los cronistas.



## Los Caras de Manabí y sus vecinos

Velasco dice que el territorio de los mantas iba de Santa Elena a Charapotó y el de los caras de Charapotó al norte. Una división geográfica así tan marcada para separar dos pueblos quizá no sea posible, porque creemos con Saville que los caras habitaron un tiempo en los cerros de los mantas. Pero no cabe duda que aún se puede observar una diferencia de tipo entre el nativo de Manta y el de Caráquez, y más aún entre el nativo del norte y oriente de Manabí (cara) y el nativo del sur de la misma provincia (manta o chimu).

La arqueología por su parte muestra también una diferencia entre Manta y Caráquez, y manifiesta que al norte de Chone (en maya: chom, ardiente: na, casa) desaparecen los bajos relieves, las columnas y las sillas de piedra tan propias de la llamada civilización de los cerros. (mantas)

En los primeros días de la conquista esta distinción era mucho más marcada. Cieza dice expresamente: los caráquez son otro pueblo, no son labrados como los mantas.

El cara de Manabí se conservó más puro que el de la Sierra, gracias al clima que le libró de la opresión de otros pueblos; y, con gran porcentaje de raza blanca y pequeña dosis de raza negra, forma hoy la gran masa del montuvio, cuya elevación cultural es uno de los grandes problemas que debe resolver la República.

## Los Caras de Santo Domingo

Por la época de la conquista los caras de Manabí poblaban el norte y oriente de la provincia y llegaban por el sur hasta Machala y Jambelí.



Jijón dice que en Alausí y Chunchi se hablaba, a principios de la colonia, el puruhá, el cañari y quizá un idioma propio, el cayapa-colorado. Puede asegurarse que este último idioma se hablaba en los bosques occidentales de la cordillera andina, quizá con enclaves esmeraldeños o atacameños.

Las conquistas chimus, incaicas y españolas fueron dispersando a los caras, una parte se mezcló con los vencedores, y ótra rebelde al yugo, se fue retirando poco a poco al interior de la provincia a llevar su vida primitiva y descender aun de su anterior cultura. En épocas relativamente reciente, unos sesenta años, llegaban los colorados por el sur hasta Quevedo y por el oriente hasta Calceta. Jijón dice que tiene datos para asegurar que el pueblo de Chilintomo, en la provincia del Guayas hasta 1835 estaba poblado de ellos. Opínese de esto lo que se desee, la verdad es que cierto grupo de los caras, los actuales colorados, a medida que la civilización avanza, entran más profundamente en la selva al extremo de que ésta, al occidente de la cordillera andina, viene resultándoles ya estrecha para su política de aislamiento.

Que los caras de la conquista, no obstante el inferior grado de cultura, respecto de sus vecinos, tenían una mejor organización social, lo dice el hecho de que de las ocho lenguas o dialectos que por aquel entonces se hablaban en Manabí, sólo la de ellos se conserva en los bosques de Santo Domingo, no obstante el transcurso de cuatro siglos.

Este grupo no ha podido olvidar sus costumbres primitivas. Usa unos anillos en la nariz, en forma de luna creciente que llaman Soke-pae: Otto von Buchwald observa de **quillacinga**, tribu chibcha de Colombia, significa nariz de luna. Como sus antepasados se pinta de rojo para evitar la picadura de los mosquitos: como ellos entierra con sus difuntos algunos alimentos y traen sus costumbres aun dentro



del rito católico. El Ilmo. Sr. Schumacher en 1885 tuvo ocasión de observar el último hecho en unas honras fúnebres.

Los indios de Santo Domingo conservan también la costumbre de aplastar la cabeza de los niños recién nacidos por medio de tablas, en la misma forma que Cieza de León vió lo practicaban los indios de Caráquez. En Loja se seguía esta misma costumbre que aún hoy se practica entre los quechuas y aimarás y que parece haber sido un rito muy generalizado en tiempos antiquísimos, tanto que ha llevado a error a investigadores del hombre primitivo.

### Consideraciones necesarias

La costumbre de aplastar las cabezas de los niños conservada en Santo Domingo, desaparecida en Manabí, no usada en Imbabura, practicada en Loja, nos dice que la subida de los caras de Manabí a la Sierra no era quizá de una época muy reciente por los tiempos de la conquista, sino bastante antigua como para haber producido diferenciación en las costumbres.

Este hecho y el no uso de las tolas en Santo Domingo está mostrando que los caras no formaron, como en cierto modo los incas, un grupo cerrado de hábitos propios. A nuestro modo de ver, era un pueblo de inferior cultura a los incas, a los mantas, a los atacameños, que se dejaron influir por éstos y otros pueblos y pronto se dividieron en grupos de costumbres diversas según el lugar donde habitaron.

La necesidad de vivir les obligó a unirse, luchar y vencer; pero como los bárbaros a la caída del Imperio Romano aceptaron el yugo de los pueblos vencidos, porque no supieron imponer el sello de una personalidad vigorosa por el estado rudimentario de su cultura. De ahí que pronto hubo grandes diferencias entre los caras de la Sierra y los de la



Costa, y que sabios de méritos indiscutibles, por esa falta de unidad en la cultura cara, hayan errado hasta negar lo innegable: el Reino de los Shiris.

### Costumbres de los Caras

Los caras eran polígamos, reconocían la propiedad privada, la herencia, adoraban al sol y a la luna: en Quito construyeron al primero un templo en el Panecillo y a la segunda otro templo en la colina de San Juan; tejían la lana, el algodón; curtían pieles de animales y de los hombres vencidos en los combates; usaban el cuy como animal doméstico, como lo prueban los esqueletos de este animal hallados en las tolas; en sus altares sacrificaban víctimas humanas. Las fortalezas, para defenderse de sus enemigos, dice González Suárez, se reducían a dos terraplenes cuadrados, uno mayor y otro menor: en el centro de este último se levantaba una casa grande para guardar las armas y las escaleras de arrimar a los muros. Sus tambores no eran portátiles sino fijos: los suspendían en el aire apoyados en dos maderos. Los soberanos shiris, al decir de Velasco, llevaban una esmeralda en la frente, piedra favorita en Manabí en donde les servía hasta de Diosa. Los Jefes usaban guirnaldas de pluma. El año era lunar y principiaba en Diciembre, su escritura consistía en piedrecitas de diversos colores, tamaños y figuras, acondicionadas en cierta forma. El Shiri no era Monarca absoluto como el Inca: tenía una Junta de señores que tomaba parte en el gobierno.

Hemos querido traer este recuerdo de caras y shiris para, en nombre de Manabí, y como representante de esta Provincia ante el Congreso Nacional, saludar a Quito en el Cuarto Centenario de su fundación y en la persona de su Ilustre Concejo que conserva y continúa las glorias pasadas, y que hoy



tiene de Presidente al dignísimo Señor Jacinto Jijón y Caamaño, honra de América y del mundo por sus estudios de arqueología y prehistoria. Fuimos, Manabí y Quito, un mismo pueblo en el remoto pasado. Una misma bandera nos cobija en el presente. Que unos mismos sean nuestros triunfos y nuestros infortunios en el futuro.

Quito, 6 de Diciembre de 1934.

**Wilfrido Loor**





+ Breves apreciaciones sobre la civi-  
lización de los pueblos indígenas  
radicados en el territorio ecuatoriano  
anteriores a la conquista española



OCO es lo que se sabe y mucho lo que se ignora sobre los tiempos anteriores a la Conquista. Los estudios arqueológicos, etnográficos y filológicos realizados hasta el momento y los relatos de los Cronistas de Indias apenas sí alumbran la noche insondable de nuestra Prehistoria. Sin embargo, no han faltado historiadores que por negligencia o por móviles políticos y raciales han



propalado a los cuatro vientos, como cosa cierta, numerosas inexactitudes sobre los primitivos pobladores del territorio ecuatoriano y sobre los orígenes y desenvolvimiento del Imperio de los Incas. Desde que Garcilaso de la Vega publicó en 1609 sus "Comentarios Reales", y desde que el Padre Juan de Velasco dió a luz en Italia su "Historia Antigua del Reino de Quito", mucho se ha escrito y fantaseado sobre el particular, sin tomar en cuenta que la Historia es relato razonado de hechos verídicos y no ficción al servicio de circunstancias pasajeras, de banderías políticas o afecciones íntimas. Tiempo es ya pues de poner las cosas en su sitio y dejar a un lado ese mal entendido afán de apología incierta, que cae por su propio peso.

Del examen concienzudo de las ruinas y monumentos existentes, de los resultados obtenidos en numerosas excavaciones arqueológicas y de las noticias consignadas por los Cronistas de los siglos XVI y XVII se desprende que el estado de civilización de los pueblos indígenas precolombinos que habitaron el territorio de la actual República del Ecuador fue muy distinto del que nos pintan escritores apasionados. El fausto y la grandeza de Quitos e Incas disminuyen ante la luz diáfana de la moderna investigación histórica.

En pleno siglo XV bandas de indios semidesnudos y salvajes, muchos de ellos antropófagos, sin más ley que la fuerza bruta, ni más cohesión que las necesidades biológicas y de la guerra, recorrían a su arbitrio las dilatadas selvas de la región amazónica, y en la sierra y el litoral, salvo honrosas excepciones, el atraso, la superstición y la miseria predominaban en muchas de las agrupaciones tribales que vivían desde el Carchi al Macará y desde la bahía de Ancón hasta la desembocadura del Tumbes. Reyezuelos despóticos y caciques sanguinarios, brujos y hechiceros mantenían al pueblo sumido en la



esclavitud y la barbarie. Felizmente, no en todas partes sucedía lo mismo. Está comprobado que unas pocas parcialidades aborígenes —Cañaris, Puruháes, Mantas y Quitos—, gozaron de una organización política y social más adelantada, que tuvieron algunas nociones científicas y de agricultura y que cultivaron con singular acierto numerosas artes, en especial la metalurgia, la orfebrería y la cerámica, en las cuales llegaron a producir obras de indiscutible mérito; pero es también absolutamente cierto que estos mismos pueblos carecieron de ideas y prácticas religiosas elevadas y desconocieron por completo muchas de las más preciadas conquistas de la civilización transoceánica: La escritura —al menos fonética—, la rueda, la pólvora, la brújula, el aprovechamiento de los animales domésticos y de carga y el uso del hierro y del acero. Mientras en Europa, Asia y parte de Africa, habíase superado hacia siglos de la vieja Edad de Bronce, aquí en América vivíase, si se quiere, en el apogeo de dicha Edad, pero no en la del Hierro. Y qué decir de las diferencias existentes en el campo del espíritu. La sabiduría de Egipto, de China, de Grecia, el refinamiento de Roma, la moral admirable de Buda y del Cristianismo, el portentoso genio de asimilación del Islamismo mal pueden parangonarse con el estado de atraso y estancamiento intelectual de las comunidades indígenas más desarrolladas.

Con la venida de los Incas y el establecimiento de su imperio cambia considerablemente el panorama físico y cultural de esta parte de la América del Sur, pero no tanto como han pretendido hacernos creer los panigeristas del Incario. Las hiperbólicas noticias que sobre el gobierno benéfico y paternal de los señores del Cuzco y su alto grado de civilización consigna Garcilaso de la Vega, deben ser acogidas con la debida reserva, igual que los acerbos ataques que contra los mismos estampa Sarmiento de Gamboa en



su "Historia de los Incas". Sabido es que el primero, llevado del afán de enaltecer a los de su sangre —pues era descendiente de Túpac-Yupanqui, más que de un relato de tipo histórico, dió a la imprenta una verdadera apología de sus antepasados por línea materna, y que, el segundo, con ánimo prevenido, trató a toda costa de justificar en su obra la magna empresa de la conquista española, pintando con los peores colores la actuación de los soberanos del Tahuantinsuyo. Entre tan opuestos y deleznables criterios conviene adoptar una posición intermedia, sin parcializarse ni al uno ni al otro, ciñéndose, en cuanto sea aceptable, a la opinión de historiadores y cronistas imparciales y a los nuevos datos que aportan los nunca bien ponderados estudios arqueológicos, etnográficos y lingüísticos.

Pasma el que todavía en nuestros días se sigan aceptando como verdades incontrovertibles lo que no pasan de ser simples consejas. El legendario origen de los Incas y el relato de sus primeras conquistas deberían, fuerza es decirlo, relegarse al terreno de las meras conjeturas, mientras no se descubra algo que los compruebe. Pues, ¿en qué documentos fehacientes se apoyan tales noticias? ¿en qué monumentos o vestigios de monumentos prehistóricos? ¿en qué restos humanos? Una tradición oral mantenida a través de varios siglos e innumerables vicisitudes y recogida por individuos que vivieron mucho tiempo después de los acontecimientos que narran y que, la mayor parte de las veces, ignoraban o comprendían apenas la lengua quichua, mal puede servir de fundamento para una historia razonada y científica. En cuanto a las noticias de hechos posteriores, cercanos a la conquista española, sería necio el desecharlas de plano, sin antes analizarlas debidamente, por cuanto en ellas encuéntrase los primeros atisbos de nuestra Historia, a pesar de estar todavía adornadas con las flores de la leyenda. Varios detalles



de las campañas de Túpac-Yupanqui y de su hijo Huayna-Cápac y de la guerra fratricida entre Huáscar y Atahualpa, si no absoluto crédito, merecen por lo menos tomarse en cuenta, por tratarse de acontecimientos relativamente cercanos con respecto a las personas que lo relatan, quienes seguramente alcanzaron a conocer a muchos individuos que tomaron parte en ellos. Sin embargo, es al comienzo de la cuarta década del siglo XVI, o sea, al arribo de los españoles, cuando empieza a conocerse con alguna exactitud lo acaecido en el Perú.

Para ese tiempo el vasto Imperio del Tahuantinsuyo había alcanzado su máxima extensión. Desde el Angasmayo hasta el Maule y desde las costas del Pacífico hasta las estribaciones de la cordillera de los Andes, que caen a la región amazónica, la voluntad de los soberanos del Cuzco era acatada, no sin alguna resistencia, por los numerosos pueblos sujetos a su dominio. Un despotismo férreo, de tipo totalitario, era el sistema único de gobierno. Debajo del Inca y de las clases dirigentes —familiares del soberano, orejones, sacerdotes y guerreros— y de los caciques y régulos de las parcialidades sojuzgadas, conservados sólo por conveniencia política, estaba el pueblo, inmensa masa ignara sumida en la servidumbre, sin esperanzas de mejoramiento, ni mayores alicientes en las duras faenas a que estaba dedicada: cultivo de los campos, trabajo obligatorio en construcciones religiosas, militares y de utilidad pública, laboreo de minas y conducción de toda suerte de bagajes y materiales. Todas las tierras cultivadas y baldías, chaparrales y selvas, minas y recursos naturales pertenecían al Estado, personificado en el soberano, único propietario del monto de bienes aprovechables, quien distribuía los, de acuerdo con disposiciones más o menos fijas, entre todos sus vasallos concediéndoles tan sólo el usufructo. El tercio de los productos obtenidos quedaba en manos de los depositarios o tenedores de



la tierra, y las otras dos terceras partes destinábanse para los gastos de la Corona y las funciones del culto. De manera que mal puede hablarse de pequeños o grandes propietarios en tiempo de los Incas. La propiedad privada como institución jurídica aparece recién años después con el advenimiento del régimen colonial.

Este sistema de gobierno y de distribución de la riqueza implantado por los Incas, no obstante los numerosos abusos a que daba lugar, ofrecía la inestimable ventaja de dar al Estado y a las instituciones una cohesión y solidez admirables, hasta entonces no alcanzadas por otros pueblos americanos; mantenía, con la comunidad de intereses, un alto espíritu de solidaridad humana entre todas las clases sociales, y evitaba, en forma por demás encomiable, la ociosidad y la indigencia.

Las rebeliones y movimientos armados eran sofocados con severidad inaudita. A las matanzas en gran escala seguían, por lo regular, las deportaciones en masa de pueblos enteros. Basta para ejemplo la sangrienta represión de la sublevación de los Cañaris en tiempo de Túpac-Yupanqui y la traslación de miles de estos desventurados en calidad de "mitimáes" al Cuzco.

De todo lo expuesto anteriormente salta a la vista que el gobierno de los Incas tenía mucho de benéfico y previsor, pero también mucho de tiránico. Soberanos como Túpac-Yupanqui, Huayna-Cápac y Atahualpa, por no citar sino los más conocidos, sacrificaron a su sed de poder y de conquistas —como todos los grandes conductores de pueblos de la humanidad—, centenares de miles de vidas inocentes, sembraron la destrucción, el dolor y la miseria en zonas enteras, y cometieron, prevalidos de su situación omnipotente, toda clase de crueldades, vejámenes e injusticias. Conviene, sin embargo, anotar, en honor a la verdad, que no todos procedieron en igual forma,



y que, aún los más despóticos, tuvieron varias veces rasgos de generosidad encomiable y delicadeza exquisita.

También en el aspecto material no puede menos que reconocerse que los Incas, pasado el período de devastación, transformaron la apariencia física de los territorios conquistados y dieron notable impulso a la agricultura, el comercio, la industria y las artes, en especial a la arquitectura, la metalurgia, la orfebrería y la cerámica. Hasta hoy perduran las ruinas de sus ciudades, templos, fortalezas militares y canales de regadío y los vestigios de sus gigantescas calzadas o caminos reales, que ponían en comunicación la capital del Imperio con las más apartadas regiones. Sus construcciones, si bien no pueden compararse con las obras maestras de las civilizaciones asiáticas, africanas y europeas, ni aún con las de mayas y aztecas, superan, no obstante, a las de muchos pueblos aborígenes americanos y llaman la atención por lo descomunal de sus proporciones y por el fino trabajo de los materiales, principalmente de la piedra, que labraron y pulimentaron con exquisito primor. Por lo demás, es indudable que desconocieron, como los pueblos a ellos sometidos, el uso de la escritura fonética, de la rueda, de la pólvora, de la brújula, del hierro y más adelantos de la civilización contemporánea. Como animal doméstico y de carga utilizaron la llama, originaria del altiplano Perú-boliviano, que criaban en grandes rebaños, y cuya lana servía para procurarse el necesario abrigo en regiones inclementes.

En cuanto al aspecto bélico, es necesario relegar para siempre al olvido las noticias relativas al inmenso poderío y admirable organización militar de las huestes incásicas. Del desarrollo de los acontecimientos y del testimonio irrecusable de los primeros conquistadores españoles, que tuvieron oportunidad



de conocer a fondo el asunto, se deduce que los Incas dispusieron en realidad de grandes masas de guerreros aptos para combatir y dominar pueblos más o menos atrasados, pero salta también a la vista que carecieron de armas ofensivas y defensivas perfeccionadas, y que no conocieron otra táctica que la devastación sistemática y el desordenado ataque multitudinario. De otra manera no se explica el que un puñado de aventureros haya podido apoderarse, con relativa facilidad y en brevísimo tiempo, de un Imperio de varios millones.

Respecto a los progresos alcanzados en el campo del espíritu, las escasas y confusas noticias que han llegado hasta nosotros —no todas dignas de entero crédito—, apenas sí permiten tener una idea aproximada del estado de cultura del Incario. Desaparecidas a raíz de la conquista española las clases dirigentes, que fueron seguramente las depositarias del saber, ha quedado el tema abierto a toda clase de conjeturas. No es pues de extrañar que algunos escritores hayan dado rienda suelta a su imaginación, consignando en sus obras numerosos errores sobre los conocimientos científicos, las elocubraciones mentales y las creencias religiosas de los Incas. En cuanto a lo primero, no existen pruebas suficientes que permitan afirmar que entre ellos alcanzaran un gran desarrollo los estudios matemáticos, astronómicos, etc. La falta de una escritura perfeccionada, que sirviera para transmitir a las generaciones jóvenes el bagaje de conocimientos atesorado por las antiguas, debió imposibilitar el progreso en este sentido, pues con sólo la tradición oral, sujeta a la fragilidad de la memoria, y el empleo de los quipos, no podía lograrse resultados halagüeños. Lo único cierto y comprobado es que los Incas tuvieron algunas nociones de Aritmética y Geometría y muy pocas de Astronomía. Su sistema de numeración, la forma de determinar los solsticios y equinoccios y la división del año en doce meses



lunares, si bien notables para aquella época oscurantista, adolecen, no obstante, de numerosas fallas.

Respecto a las elocubraciones mentales y creencias religiosas de los Incas, parece improbable que entre ellos se haya desarrollado sistema filosófico alguno en el estricto sentido de la palabra, cosa que presupone un largo proceso de elaboración mental y un elevado grado de refinamiento. Tal vez debieron inquietar a los hombres pensantes los grandes problemas del ser y del destino, pero es aventurado suponer que lograran estructurar algo verdaderamente sólido. En materia religiosa está comprobado que creyeron en un ser omnipotente, supremo hacedor de todas las cosas y en una vida futura más allá de la muerte; pero junto a estas ideas elevadas tenían general aceptación innumerables supersticiones, mitos y prácticas panteístas, fetichistas y totémicas. Con el afianzamiento de sus conquistas implantaron los Incas en todos los pueblos sojuzgados como culto oficial el del sol, del que se titulaban descendientes, y al cual levantaron templos suntuosos en varias ciudades, siendo el más importante el del Cuzco, lleno, según el decir de las crónicas, de incalculables riquezas. Sin embargo, mostrándose tolerantes con las creencias religiosas de las tribus vencidas, cuyos totems e ídolos llegaron hasta trasladar a un santuario de la capital, actitud que habla muy en alto de su espíritu conciliador y de su sagacidad política. Las fiestas y sacrificios dedicados al sol revestían por lo general enorme pompa y solemnidad y servían para unificar espiritualmente el Imperio. A más del sol rindieron también los Incas culto a la luna y a otros astros, al aire, al fuego, a los montes elevados, a los fenómenos metereológicos, a los antepasados muertos y a inmensa multitud de dioses penates o genios tutelares de la familia. De manera que resulta ahora por demás difícil el trazar un cuadro completo de sus creencias religiosas. Lo que sí aparece claro es que, principal-



mente en las clases bajas, predominaron la superstición, el mito, la idolatría y ese miedo atávico del hombre ante el misterio impenetrable del más allá.

He ahí trazado a grandes rasgos el estado de civilización y cultura de los antiguos pobladores del territorio ecuatoriano. Podrá tal vez tacharse de severas muchas de las apreciaciones consignadas en el presente estudio; pero había que hacerlas, por cuanto no es con fábulas que se hace Historia, sino con verdades desnudas, por dolorosas y molestas que sean. Las preferencias personales, las ideas religiosas, los anhelos políticos y raciales en nada deben influir en el criterio histórico. Sólo así podrá conocerse con relativa exactitud cuál ha sido el verdadero aporte del elemento indígena y cuál el del español en la estructuración de nuestra patria, que es patria para todos, sin distinción de razas, de tendencias políticas y credos religiosos.

**Maximiliano Borrero Crespo**

